

Pablo Dalle

Movilidad social desde las clases populares

Un estudio sociológico en el Área Metropolitana de Buenos Aires (1960-2013)



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
GINO GERMANI
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires



CLACSO

DIRECTORA: Carolina Mera

COORDINADORA DEL CENTRO DE DOCUMENTACIÓN E INFORMACIÓN: Carolina De Volder

COORDINACIÓN TÉCNICA: Sandra Carli, Luciano Nosetto, Perla Aronson, Daniel Jones, Alejandro Kaufman, Natalia Debandi, Mercedes Ejarque, Sabrina González



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
GINO GERMANI
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES GINO GERMANI, FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES, UBA
PTE J. E. URIBURU 950, 6° | C1114 | CIUDAD DE BUENOS AIRES | ARGENTINA
TEL: [54 11] 4508-3815 | IIGG@SOCIALES.UBA.AR | WWW.IIGG.SOCIALES.UBA.AR

DISEÑO GRÁFICO Y MAQUETACIÓN: Leandro M. Dalle
María José Dubois

SECRETARIO EJECUTIVO: Pablo Gentili

DIRECTORA ACADÉMICA: Fernanda Saforcada

COORDINADOR EDITORIAL: Lucas Sablich

COORDINADOR DE ARTE: Marcelo Giardino

Área de Acceso Abierto al Conocimiento y Difusión

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales



CLACSO

CONSEJO LATINOAMERICANO DE CIENCIAS SOCIALES
CONSELHO LATINO-AMERICANO DE CIÊNCIAS SOCIAIS
EEUU 1168 | C1101 AAX CIUDAD DE BUENOS AIRES | ARGENTINA | TEL [54 11] 4304 9145/9505
FAX [54 11] 4305 0875 | CLACSO@CLACSO.EDU.AR | WWW.CLACSO.ORG



CLACSO CUENTA CON EL APOYO DE LA AGENCIA
SUECA DE DESARROLLO INTERNACIONAL (ASDI)

Este libro está disponible en texto completo en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO
<http://biblioteca.clacso.edu.ar/>

Esta publicación ha sido sometida al proceso de referato bajo el método de doble ciego.

Primera edición: Abril de 2016

Dalle, Pablo

Movilidad social desde las clases populares : un estudio sociológico en el Área Metropolitana de Buenos Aires 1960-2013 | Pablo Dalle. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires. Instituto de Investigaciones Gino Germani - UBA, 2016.

Libro digital, PDF - (IIGG-CLACSO)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-29-1542-5

1. Movilidad Social. 2. Clase Popular. I. Título.
CDD 305.5

CAPÍTULO VIII

Vías y experiencias de reproducción intergeneracional en las clases populares

“La velocidad y dirección de cada trayectoria de vida en primer lugar se constituyen en la familia de origen durante la infancia. Cuando las personas entran en la adultez sus caminos se vuelven autónomos, pero nunca del todo. La fuerza del recuerdo –‘la force de rappel’– continúa dando forma a las vidas de los jóvenes adultos”.

“Heritage and its Lineage: A Case History of Transmission and Social Mobility over Five Generations”. BERTAUX Y BERTAUX-WIAME (2007)

Durante el período comprendido de 1940 a 1970, el “mundo popular” en la Argentina se identificó con la clase trabajadora urbana, más allá de la existencia de bolsones de marginalidad y regiones no integradas plenamente al sistema capitalista, a diferencia de otros países latinoamericanos donde los sectores populares estaban conformados por una mayor presencia relativa de trabajadores urbanos informales y campesinos, y en términos culturales se caracterizaban por una mayor herencia indígena y mestiza (Svampa, 2005). La particularidad del caso argentino consistía en la existencia de una clase trabajadora integrada apoyada en la extensión de la condición asalariada, una mayor presencia de trabajadores fabriles sindicalizados y un artesanado cuentapropista calificado, en gran medida nutrido por inmigrantes europeos que perseguían el afán de progreso por la vía individual. Históricamente, el trabajo asalariado fabril y el desarrollo de oficios por cuenta propia fueron dos vías de ascenso dentro de la clase trabajadora manual. La desindustrialización y la contracción del mercado de trabajo formal generaron una fragmentación del mundo popular urbano, al abrir una distancia entre el núcleo de los trabajadores asalariados y un sector de los trabajadores precarios. Varios estudios analizan este fenómeno caracterizado como “el pasaje de la fábrica al barrio”.

Así, el objetivo que guía este capítulo es describir trayectorias de reproducción intergeneracional en las clases populares a través de dos canales: i) el desarrollo de oficios manuales por cuenta propia, y ii) el trabajo asalariado fabril, con el fin de analizar las experiencias de clase involucradas en cada tipo

de trayectoria y algunos mecanismos que favorecieron la herencia de clase. Las familias analizadas fueron elegidas de la matriz de datos del CEDOP-UBA y por medio de contactos con dos sindicatos: el de trabajadores metalúrgicos (UOM) y del calzado (UTICRA). Para reconstruir las trayectorias familiares de clase se seleccionaron personas jóvenes y adultas de 30 a 45 años que ya habían formado su propio hogar y se encontraban en el tramo medio de sus trayectorias ocupacionales, o estaban cerca de alcanzarlo.

Las preguntas que guiaron el análisis son las siguientes: ¿qué mecanismos sociales favorecieron la reproducción intergeneracional en la clase popular de estas familias? ¿Cómo experimentaron estas familias los cambios económicos y sociales que se dieron en las últimas décadas en el país? ¿Qué cambios y continuidades se dan en las trayectorias ocupacionales de una generación a otra? ¿Qué recursos se heredaron o movilizaron en las familias para sostenerse económicamente? ¿En qué etapas las familias pudieron mejorar su posición económica y social, y en cuáles vivieron descensos?

El hilo argumental sigue la línea planteada en el capítulo VII: a partir del relato biográfico de los entrevistados se describen los sucesos significativos que influyeron en su trayectoria familiar de clase, haciendo hincapié en los cambios y las continuidades ocupacionales de las distintas generaciones. El análisis intenta examinar cómo se entretajan, en la trama biográfica familiar, los procesos de transformación estructural que “cierran” o “abren” oportunidades y la capacidad de agencia de las personas para actuar sobre su contexto. Asimismo se realizan algunas referencias al círculo de relaciones sociales en que transcurren las vidas de los entrevistados y de sus familias (nivel meso), el cual constituye el marco más inmediato de límites y posibilidades disponibles.

Las familias estudiadas son de origen migratorio, llegadas tanto desde el interior del país (primordialmente del norte argentino) como desde países limítrofes. El período de radicación en el AMBA de dichas familias varía. En algunos casos migró la generación de los padres durante la etapa de industrialización por sustitución de importaciones y, en otros, migró la generación de los entrevistados en el período de apertura y liberalización de la economía. En todos los casos analizados los abuelos y los padres de los entrevistados fueron trabajadores rurales o campesinos de subsistencia en sus lugares de origen, y la generación que migró al AMBA ingresó por el segmento más bajo de la estructura de clases. Otro elemento a tener en cuenta es que estas familias migrantes provienen de regiones de la Argentina o de países limítrofes donde el aporte inmigratorio europeo fue significativamente menor que en la región pampeana y el Litoral, por lo que sus miembros conservan costumbres criollas y raíces indígenas.

OFICIOS POR CUENTA PROPIA Y MICROEMPRESARIOS FAMILIARES

LA PRESENTACIÓN DE LAS TRAYECTORIAS FAMILIARES DE CLASE

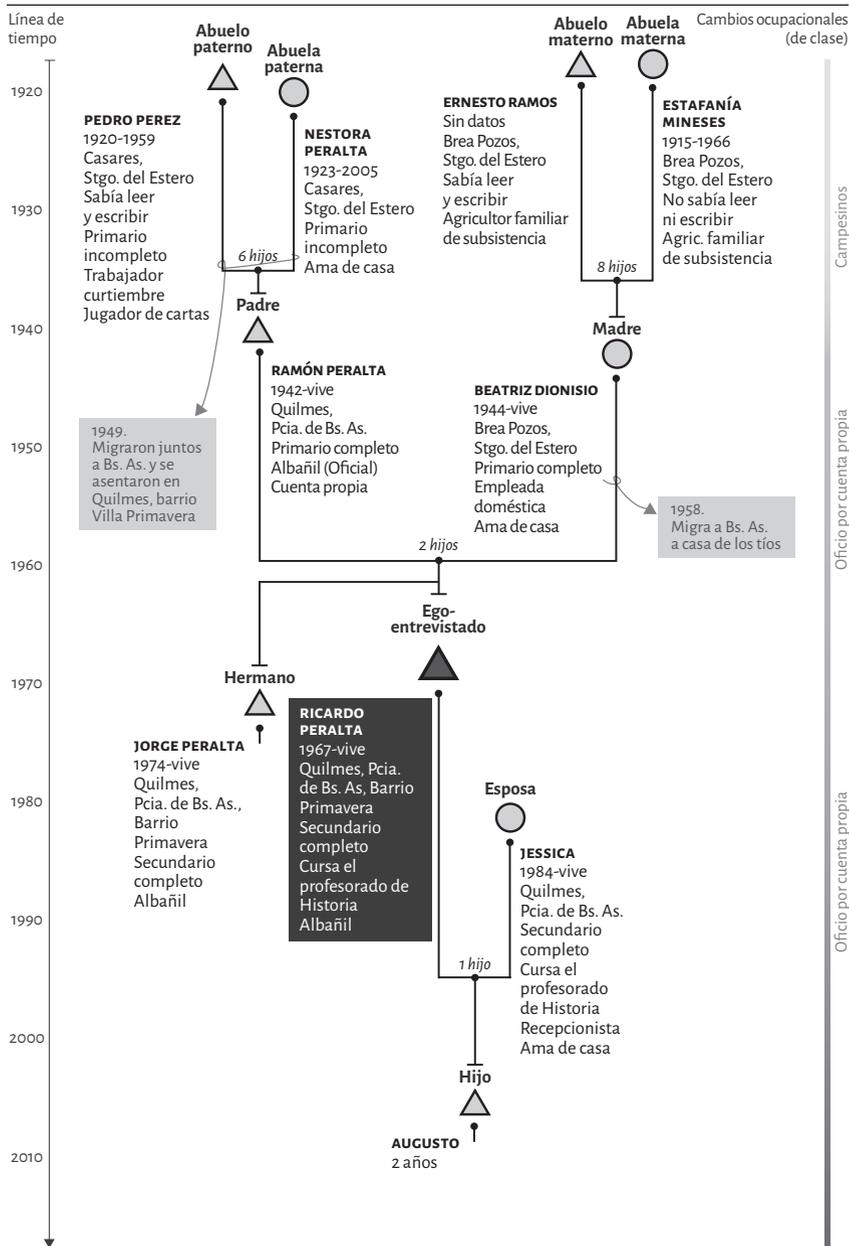
Primero se describen tres trayectorias de clase de familias que permanecieron en la clase popular a través del desarrollo de oficios por cuenta propia y de microempresarios familiares⁹⁰. Los entrevistados seleccionados habían sido encuestados en el estudio de 2004-2005 realizado por el grupo de investigación de Jorrat. Ellos son los egos que, por medio de sus testimonios, narraron su historia familiar de acuerdo con sus recuerdos e interpretaciones de dicha historia. Como sostiene Sautu (2004a), se dispone del reflejo filtrado por los protagonistas de las experiencias de vida de sus familiares. Las entrevistas biográficas apuntaron a conocer, según la narración del ego entrevistado, las experiencias de su familia en relación con las ocupaciones, el nivel educativo, los desplazamientos geográficos y las condiciones de vida de las distintas generaciones (los abuelos, los padres, el entrevistado y la familia que formaron). Como complemento de las entrevistas biográficas se reconstruyó el árbol genealógico familiar del ego entrevistado con el objetivo de ilustrar cambios y continuidades de la inserción objetiva de las distintas generaciones en la estructura de clases.

LA HISTORIA DE RICARDO: UNA FAMILIA SANTIAGUEÑA EN EL GRAN BUENOS AIRES

La familia de Ricardo Peralta vive desde fines de la década de 1950 en Villa Primavera, un barrio del segundo cordón del Gran Buenos Aires perteneciente al partido de Quilmes (Árbol genealógico 6). El barrio es una urbanización cuyo nivel socioeconómico se ubica en un punto intermedio entre un barrio de clase obrera consolidada y un asentamiento. Su trazado muestra división de calles, manzanas definidas, lotes y espacios de uso comunitario. En el barrio viven familias migrantes del interior del país y de países limítrofes, cuyos miembros desarrollan ocupaciones manuales, ya sea en forma autónoma, utilizando sus casas como pequeños talleres, o en forma asalariada, en fábricas lindantes.

90. En total se han reconstruido 11 trayectorias familiares de reproducción en las clases populares. En el apéndice se incluye una matriz cualitativa en que se resume la totalidad de las biografías familiares realizadas (Cuadro A8.1).

ÁRBOL GENEALÓGICO 6. LA FAMILIA DE RICARDO



FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA

Los abuelos maternos nacieron y vivieron toda su vida en Brea Pozos, Santiago del Estero.

[Del abuelo materno] no hay muchos datos, porque él embarazó a mi abuela y se borró. Los motivos los desconocemos, nunca se tocó el tema... Entonces se criaron con mi bisabuelo, con los abuelos de mi mamá. Mi bisabuelo era carrero, hacía viajes hacia Tucumán, hacía varias provincias para vender mercadería y ellos se dedicaban, aparte de carrero, a realizar los ladrillos con los que fueron edificando el pueblo (Ricardo).

La parte de la familia establecida en Brea Pozos era campesina. En palabras de Ricardo, eran “gente de campo”: desarrollaban una agricultura de subsistencia en pequeñas parcelas de tierra y “criaban algunas gallinas y cabras”. Esta rama de la familia provenía del “Alto Perú” —en términos de Ricardo—, denominación utilizada en las últimas décadas del Virreinato del Río de la Plata a la región del Altiplano de Bolivia y noroeste de Argentina. La madre de Ricardo y los tíos hablan quechua y Ricardo sabe algunas palabras:

Aparte, lo lindo es que todos hablan quechua, el otro día caímos en la casa de mi tío y mi vieja con mi tío hablaban y yo no cazaba nada porque en Santiago se habla mucho el quechua, lo que pasa que ahora se habla menos, porque la generación nueva habla más inglés que quechua (risas)... Yo algunas palabras he aprendido porque cuando éramos chicos las escuchábamos (Ricardo).

La madre de Ricardo, Beatriz (1944), migró a Buenos Aires en 1958 en búsqueda de trabajo.

Vino sola, porque tenía un tío acá, y comenzó a trabajar acá a la vuelta, en otra casa [como empleada de servicio doméstico] y ahí es donde lo conoció a mi papá, porque la patrona de ella era amiga de la madre de mi papá y después se hicieron amigas mi mamá y mi abuela y se la enganchó mi papá (Ricardo).

La escena vivida por los inmigrantes europeos se repite: los migrantes internos llegan a la casa de parientes y paisanos del pueblo que han venido antes. Así lo transmitió Ricardo con base en los recuerdos guardados en la memoria familiar: “cuando mi mamá vino acá, se encontró con muchos vecinos de donde ella se crio”. Ricardo recuerda que cuando era chico seguían llegando parientes de Santiago del Estero:

En este barrio ya estaba todo ocupado. Venían a la casa de los parientes hasta que encontraban un lugar donde irse y se iban. Las hermanas de mi mamá vinieron y ahora viven en Merlo, en Temperley, pero siempre en la casa de los parientes que tienen. La hermana de mi papá vivió mucho tiempo acá y ahora se fueron a Monte Grande (Ricardo).

Los migrantes primero llegan a las casas de parientes o conocidos y luego se van independizando, muchos porque encuentran una pareja y forman una familia. Si es posible construyen su casa en el mismo barrio en un lote aledaño, si no, se desplazan a otros barrios del conurbano bonaerense, donde viven otros familiares o conocidos.

La rama paterna de la familia de Ricardo también es oriunda de Santiago del Estero, en este caso, del paraje rural Tres Pozos, cerca del pueblo de Caesares. El abuelo paterno trabajó un tiempo como curtidor de cueros pero en realidad era jugador, se ganaba la vida apostando a las cartas.

Mi papá, el verdadero apellido es Pérez, pero mi papá heredó el apellido de la madre Peralta... porque en esa época mi abuelo andaba prófugo, contaba que se refugió en las tolderías del Chaco con los indios. A él le gustaba todo lo que sea de cartas y hubo una pelea por las cartas, y por defenderse lo mata al adversario y por eso tiene que escapar (Ricardo).

Pedro Pérez (1920-1954) y Nestora Peralta (1924-2005) migraron a Buenos Aires a principios de la década de 1940 y se asentaron en el barrio Villa Primavera, de Quilmes. “Según lo que me dijo mi abuela, le gustó la zona, en ese tiempo era descampado y se asimilaba a lo que era Santiago... les gustó y se quedaron acá”. Allí nacieron el padre de Ricardo, Ramón Peralta (1942), y sus dos tíos. En una de las tantas peleas por el juego, Pedro Pérez tuvo que escaparse sin aviso y la abuela “salió a trabajar en casas”.

El padre de Ricardo, Ramón Peralta, se vio obligado a salir a trabajar a los 12 años, porque su padre—el abuelo de Ricardo—murió y dejó varias deudas a la familia. En 1954 entró a trabajar en la fábrica Bagley como albañil asalariado en la parte de construcción y permaneció allí hasta los 20 años. Luego trabajó un tiempo en la empresa Servicios Eléctricos del Gran Buenos Aires (SEGBA) como encargado “y después se largó a trabajar por su cuenta hasta ahora que sigue trabajando. Es uno de los pocos colocadores de piedra que hay en la zona, piedras naturales en los frentes. Mi viejo es uno de los pocos que queda, ya casi ni se usa”.

Ricardo nació en 1967 y vivió toda su vida en la casa de sus padres en Villa Primavera, Quilmes. Hizo la primaria en la escuela pública 62 de Quilmes, donde cumplió el ciclo sin repetir ningún año. Sin embargo, sus padres no lo anotaron en la escuela secundaria. A los 13 años, siguiendo la huella de su padre, empezó a trabajar de albañil. “Se ganaba bien en ese tiempo... Yo también cuando empecé a trabajar ganaba bien. Tenía 13, 14 años y tenía plata en el bolsillo”. Su hermano Jorge (1974) también heredó la ocupación del padre y actualmente los tres trabajan como albañiles. El hecho de empezar a trabajar para aportar dinero a la familia es una de las razones por las cuales Ricardo y su hermano no siguieron estudiando. Más adelante se examinarán en profundidad los mecanismos que favorecieron la herencia del oficio manual y la reproducción en las clases populares.

A medida que la familia se fue ampliando, el padre de Ricardo y sus dos hijos fueron construyendo más habitaciones y reemplazando las paredes de chapa por material. Fueron “levantando” la casa “entre obra y obra”: “Algunos parientes venían de vez en cuando, lo más pesado es llenar una losa, ahí se pide ayuda [...]. Tanto allá como acá, cuando un vecino empezaba a trabajar, los vecinos venían a ayudar, cosa que con el tiempo se fue perdiendo”.

Ricardo retomó la escuela secundaria en 2004 porque, según expresó en su relato, “me aburrí de estar al cohete, y como siempre me gustó la historia... Para entrar al profesorado tenía que hacer el secundario, hice el secundario de adultos y de ahí al toque me enganché con el profesorado”.

En el curso de ingreso al profesorado, Ricardo conoció a Yésica, su actual pareja, una chica varios años más joven que él, también hija de padres de clase popular. En ese momento Yésica no trabajaba, pero hasta un año antes había trabajado como recepcionista en un centro de psicólogos y abogados en Quilmes, situado detrás de la estación. La relación comenzó porque empezaron a estudiar juntos: “una profesora de nosotros quería intercambiar los grupos para que nos integremos”. Cuando formaron una pareja se fueron a vivir a una pieza ubicada arriba de la casa de los padres: “Cerramos... antes vivía solo y después cerré, donde quedó el comedor... Esto era patio al aire... lo hicimos todo nosotros, con machimbre. Ese cuarto lo hice yo”. En 2008 nació su hijo Augusto. Ricardo contó que eligió ese nombre por su pasión por la historia, sobre todo de la época romana. En la actualidad continúa trabajando de albañil con su padre y su hermano, porque eso le da la posibilidad de ir a cursar algunos días al profesorado. Desde que nació Augusto, Yésica se dedica a estudiar y a hacer las tareas de la casa.

Esta trayectoria familiar de clase muestra, primero, un ascenso social relativo en el pasaje de la generación de los abuelos a la de los padres, ya que pasaron de ser trabajadores rurales a desempeñarse como trabajadores urbanos calificados. Luego se evidencia una reproducción intergeneracional en las clases populares a través de la transmisión directa del oficio desde el padre hacia los hijos.

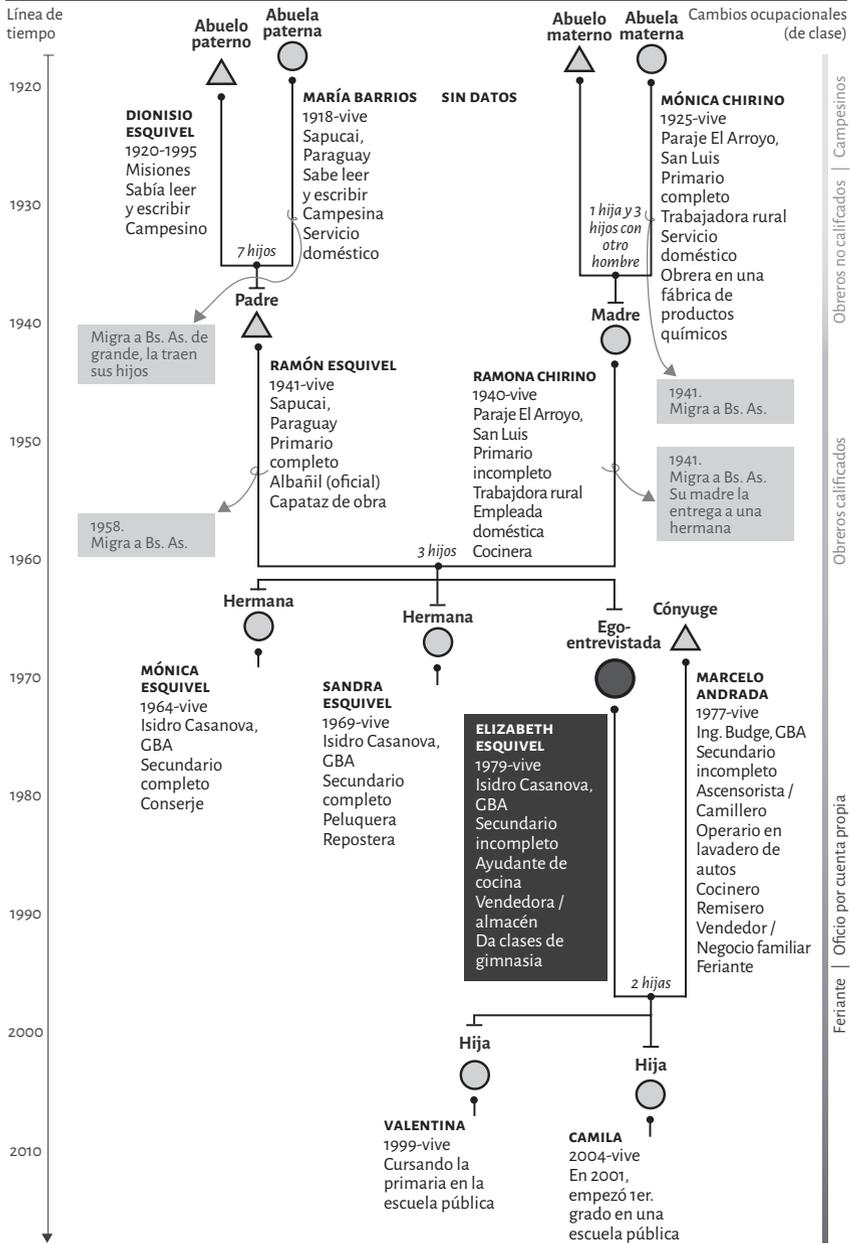
LA HISTORIA DE ELIZABETH: UNA FAMILIA CRIOLLA DEL INTERIOR DE ARGENTINA Y DE PARAGUAY

Elizabeth descende de una familia criolla del interior de la Argentina y de Paraguay (Árbol genealógico 7). La rama materna proviene de un paraje rural llamado El Arroyo, cerca de la localidad de Concarán, en el nordeste de la provincia de San Luis. En lo que respecta a la familia paterna, sus abuelos y su padre nacieron en Sapucaí, una localidad semirural del departamento de Paraguarí, Paraguay, en que se destaca el cultivo de algodón, mandioca y caña de azúcar.

El testimonio de Elizabeth deja entrever que su historia familiar está atravesada por experiencias tristes y dolorosas. Su relato se inicia con la historia de vida de su familia materna: “eran personas de campo que no tenían mucha educación”. La abuela, Mónica Chirino, quedó embarazada de la madre de Elizabeth a los 15 años. Como el padre biológico se ausentó, tuvo que migrar del pueblo: “Ella era muy joven, y viste como era la gente de antes, querían esconder todo, tenían que mandarla a algún lado”. La abuela llegó a Buenos Aires y se asentó en Pacheco, donde residían parientes que habían migrado con anterioridad. Durante su infancia ella había trabajado con sus padres en el campo, y al llegar a Buenos Aires inició su trayectoria laboral como empleada de servicio doméstico con cama adentro y le entregó su hija recién nacida a una tía para que la criara: “Ella la abandonó a mi mamá cuando era muy chica... Se la entregó a una familiar, que era hermana de la madre de ella, que sería mi tía abuela, y ella la crío [...] Mi mamá sufrió mucho por haberla dejado abandonada”. Luego, la abuela de Elizabeth formó una nueva familia en la cual no incluyó a la madre de Elizabeth. En realidad, la incluyó como sobrina porque no quiso decirle a su nueva pareja que había tenido una hija.

Durante su infancia y adolescencia, la madre de Elizabeth vivió en el hogar de su tía en una típica familia ampliada en que convivían distintas generaciones: abuelos, tíos, primas hermanas y amigos a quienes se menciona como parientes. Para Elizabeth, la vida de su mamá “es una historia brava, imagínate el sufrimiento de mi vieja... Ella vivió ahí, siempre vivió limpiando, la trataban mal en la casa de la tía, ella tenía hijos... Imagínate cómo se crio... Era una familia pobre, eran personas de campo, que andaban a los ponchazos por la vida”. En este contexto familiar adverso, la madre de Elizabeth fue unos años a la escuela primaria donde aprendió a leer y escribir, pero no pudo completar el ciclo de estudios. Antes de terminar el nivel primario fue enviada a trabajar como empleada de servicio doméstico con cama adentro en casas de familia. Lo que ganaba se lo daba a su tía para ayudar a mantener el hogar: “no le quedaba otra”.

ÁRBOL GENEALÓGICO 7. LA FAMILIA DE ELIZABETH



FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA

Luego, a los 16 años, una prima la llevó a trabajar a Promúsica, en un local ubicado en el microcentro porteño: “Ahí mi mamá hacía de todo, ella cocinaba a los dueños, limpiaba y tenía que tener todo en orden”. En ese trabajo la madre de Elizabeth aprendió el oficio de cocinera: “el dueño la re quería a ella y fue como ayudándola... Ella siempre se compraba libros y un día el patrón le dice: ‘Ramona, ¿por qué no te hacés un curso?’, y se lo pagó el patrón y la dejaba salir para que ella haga el curso y se volvió una cocinera”. El aprendizaje de un oficio le permitió acceder a una ocupación más estable y mejor paga: “Se volvió cocinera, *re importantita*, yo le digo eso... Y empezó a trabajar en un lugar que se llamaba Las tortas de Mamá, en Belgrano. Era una casa de comida... A mí me dieron trabajo una vez ahí” (énfasis de la entrevistada). Allí, la madre de Elizabeth desarrolló casi toda su trayectoria laboral.

La familia de su padre vivía en Sapucaí, Paraguay. Sus abuelos fueron campesinos: “era toda gente de campo, que cultivaba y tenían animales arriba del cerro... Ellos eran pobres, solo para comer y lo básico les alcanzaba”. El padre de Elizabeth, Ramón Esquivel, migró a Buenos Aires a los 17 años “porque allá no conseguía trabajo, y no quería trabajar en el campo como los hermanos”. Antes de migrar trabajó un tiempo haciendo changas de albañilería porque “no le gustaba el campo”. Su intención era venir a Buenos Aires, “la ciudad de las oportunidades”. Terminaba la década de 1950, en plena etapa desarrollista de la industrialización sustitutiva de importaciones. Los grandes centros urbanos de la Argentina ofrecían oportunidades de trabajo para los migrantes internos y de los países limítrofes. Ramón viajó junto a su hermano, y al llegar a Buenos Aires se asentaron en Laferrere, donde vivían parientes y amigos del Paraguay. Como es costumbre entre sus paisanos, Ramón y su hermano se insertaron laboralmente como albañiles: “Él trabajó toda la vida en una empresa que se llamaba Montalvo, eran contratistas. Mi padrino [el hermano] lo llevó a trabajar ahí, porque es una cadena de gente que va llevando gente, ya trabajaba ahí cuando la conoció a mi mamá”.

En su testimonio, Elizabeth contó que sus padres se conocieron la primera vez que su madre fue a bailar, cuando ella tenía 17 años: “A mi mamá no le gustaba salir porque era una chica de campo, de la casa, entonces una de sus primas que se había criado acá le dice: ‘Vamos al baile’ y la lleva, y no va que ese día lo conoce a mi papá”. Al poco tiempo de conocerse se fueron a vivir juntos “porque mi mamá se quería ir de donde estaba y se fueron a vivir a Morón, a una villa, a un asentamiento que le prestó un amigo de mi papá. Mi mamá se quedó embarazada al toque, no esperó nada”. La pareja no vivió mucho tiempo en la villa: en cuanto pudieron compraron un terreno en San Alberto, un barrio de clase popular en Isidro Casanova, partido de La Matanza. Allí construyeron su casa con la ayuda de los amigos de Ramón que, como él, trabajaban de albañiles.

La pareja tuvo tres hijas: Mónica (1964), Sandra (1969) y Elizabeth (1979). Durante la etapa de la infancia de Mónica y Sandra, la familia se fue consolidando económicamente. Ramón “tenía un sueldo [estable], ganaba bien

dentro de todo, y con los años fue ascendiendo, llegó a ser capataz de obra”. Ramona entró a trabajar de cocinera asalariada. “Trabajaban los dos y gracias a eso pudieron comprarse el terreno en donde vivimos toda la vida nosotros”. En su testimonio, Elizabeth contó que sus padres querían ascender socialmente: “Ellos querían progresar, querían darnos un futuro a nosotras”.

Cuando nació Elizabeth, la familia tenía una posición social cercana a lo que se define como clase trabajadora consolidada: “Entraban dos sueldos y tenían una casa bien construida, con techos de material, aparte mi papá albañil... Él siempre quería lo mejor, a él le gustaba que hubiera cerámica en los pisos, que esté todo pintado... Tenía la casa muy bien”. A pesar de ello, para Elizabeth su infancia fue “terrible” porque “a mi papá le gustaba tomar, y también le gustaba golpear a mi mamá... Imaginate [...] Éramos una re familia, pero los viernes se transformaba en un caos, porque él salía del trabajo y tomaba... Era el único día que tomaba y era de terror”. Por esta situación, su madre la dejaba al cuidado de una vecina cuando se iba a trabajar.

El padre de Elizabeth trabajó en la empresa constructora hasta 1993. Ese año tuvo un accidente de trabajo, le hizo un juicio a la empresa y pudo cobrar una indemnización. Con ese capital, la familia instaló un almacén en el barrio, pero el negocio no funcionó bien y a fines de la década de 1990, en plena crisis, tuvieron que cerrarlo.

Al igual que sus hermanas, Elizabeth hizo la primaria y la secundaria en escuelas públicas de la zona. Sus hermanas terminaron el ciclo medio pero ella dejó en tercer año la escuela técnica a la que asistía. Al hablar sobre los motivos de la deserción, dijo que conoció a su marido muy joven y se fue a vivir con él a los 17 años. A esa edad inició su trayectoria laboral. Siguiendo las huellas de su madre, su primer trabajo fue de ayudanta de cocina en el restaurante del Colegio de Escribanos.

Marcelo, su marido, proviene, como ella, de una familia criolla de clase popular que vivía en el barrio. Cuando se pusieron de novios, Marcelo ya había dejado la secundaria y había empezado a trabajar de ascensorista y camillero en el Hospital Italiano. Elizabeth y Marcelo formaron una familia: primero nació Valentina (1999) y cinco años más tarde nació Camila. Desde que se fueron a vivir juntos, tanto Elizabeth como Marcelo tuvieron distintas ocupaciones de tipo manual (asalariadas o por cuenta propia). Él trabajó lavando autos, y también fue mozo, remisero, pizzero y feriante. Ella fue cocinera, vendedora a domicilio, empleada de una rotisería, moza de un bar y actualmente da clases de gimnasia. La pareja primero compró una casa en San Pedro, otro barrio de Isidro Casanova, pero “el ambiente era muy denso” por lo que decidieron volver a la casa de la madre de Marcelo. A medida que la familia se fue agrandando, la pareja construyó una vivienda arriba, donde viven actualmente.

En esta trayectoria familiar de clase puede observarse, primero, un proceso de movilidad ascendente entre la generación de los abuelos a la de los padres

a través del cambio desde ocupaciones rurales o ocupacionales manuales no calificadas en el ámbito urbano, a ocupaciones manuales con oficio en fábricas o empresas de servicios básicos. Luego, de padres a hijos se observa un cambio desde ocupaciones manuales asalariadas hacia ocupaciones manuales por cuenta propia. Si bien esta movilidad implica cierto desclasamiento hacia abajo, Elizabeth y su marido lograron sostenerse económicamente (y no caer en la marginalidad) a través del desarrollo de distintos microemprendimientos familiares que suponen la realización de oficios manuales por cuenta propia y la instalación de un pequeño comercio en el barrio.

LA HISTORIA DE PATRICIO: DEL VALLE DEL RÍO ILLAPEL A LAS MINAS DEL NORTE DE CHILE Y LUEGO AL GRAN BUENOS AIRES

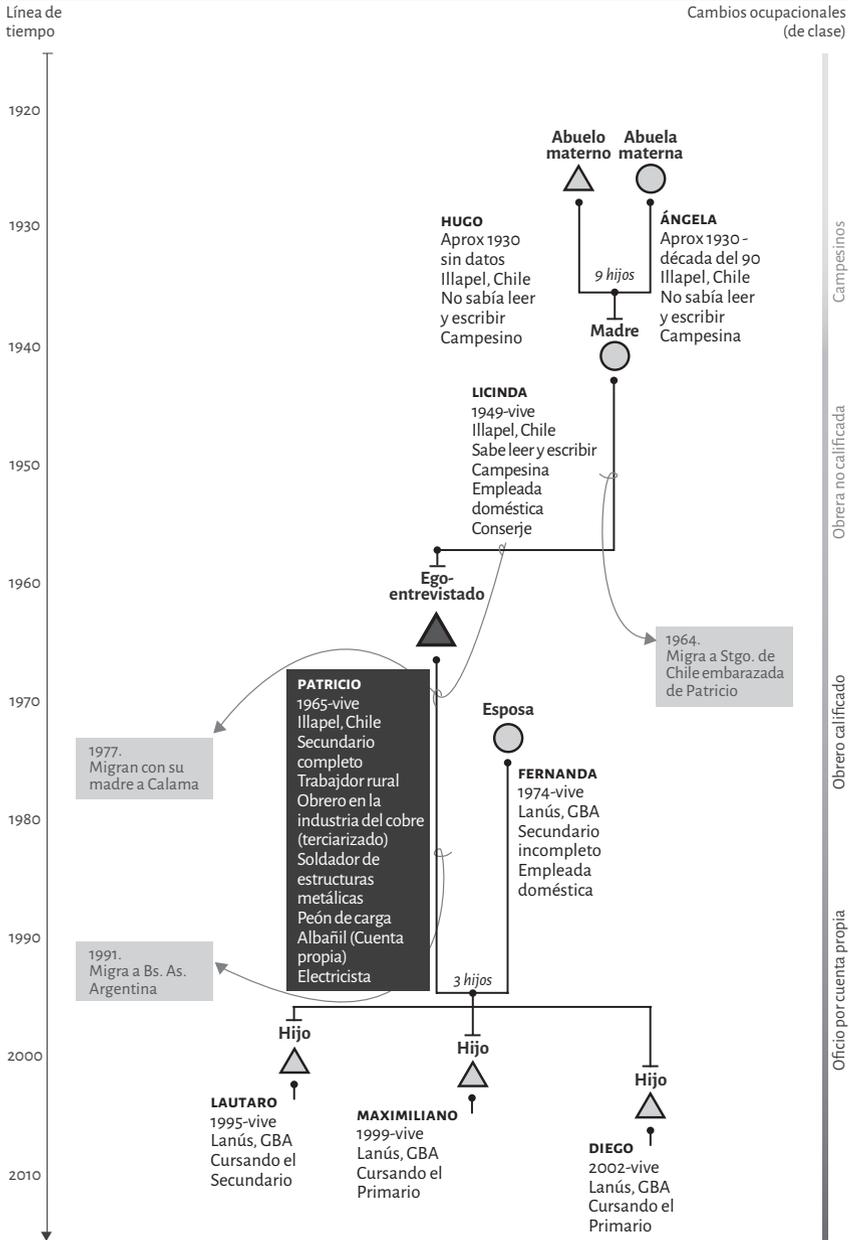
Patricio nació en 1965 en el valle del río Illapel, en Chile. Es nieto de campesinos e hijo único de una madre soltera que se ganó la vida trabajando de empleada doméstica en distintas ciudades de Chile (Árbol genealógico 8). Patricio recuerda que su madre, Licinda, tuvo una vida muy difícil. Estando embarazada de él, tuvo que irse del pueblo:

En esos tiempos ser madre soltera era muy complicado... Ella vivía en el campo. Entonces al tener ese problema, entre comillas, tuvo que salirse de ahí... Era jodido, te apuntaban con el dedo... Según me contaba mi vieja, era como que hubieras cometido el gran pecado (Patricio).

Licinda tenía 15 años y hasta ese momento había trabajado en el campo con sus padres:

Ellos eran campesinos, los dos, vivían del ganado de ovejas, de las cabras, del queso... y sembraban comino, anís, trigo, cebada en los cerros, porque ahí se siembra todo en cerros, ¿entendés? Porque Chile es todo montaña, no es como acá que es llano [...]. Todos eran dueños de sus parcelas, no era que todo era de uno solo, todos vivían así (Patricio).

ÁRBOL GENEALÓGICO 8. LA FAMILIA DE PATRICIO



FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA

Escapando del entorno familiar inquisidor y buscando “algo nuevo que no fuera campo”, Licinda migró a San Antonio, una ciudad cercana a Santiago de Chile, donde consiguió trabajo como empleada de servicio doméstico.

Primero que nada alquiló una habitación en una pensión, y ahí empezó a trabajar y a trabajar, hasta que nací yo. Y después yo me crié en casas de las familias que mi mamá trabajaba y así fui creciendo. En realidad hasta los 13 años, que mi mamá se fue a trabajar al norte y me dejó en casa de una tía, en Ovalle que es la capital de esto [señala en un mapa la provincia de Limarí, en la región de Coquimbo] (Patricio).

Licinda migró a Calama, una región minera al norte de Chile, a trabajar “siempre de empleada doméstica porque no tuvo estudio. En ese tiempo, apenas estudió tres años, hasta tercero... Lo básico, después no había más nada en el campo”

De vuelta en Ovalle, Patricio conoció a su familia de origen: abuelos, tíos, primos e incluso “al que supuestamente era [su] papá”. Patricio solo tiene recuerdos de la rama materna de su familia porque no tuvo relación con su padre: “Yo no quería saber nada... Estaba creciendo, era una edad muy difícil... Entonces prefería vivir con mis abuelos, antes que con él”. Por esa razón, Patricio se fue al valle a vivir con sus abuelos. En ese período trabajó un tiempo ayudando en las tareas del campo:

El campo es una vida sufrida, siempre tenés que estar con los animales, con la siembra, es una vida jodida, los horarios... Te levantás a las 5 de la mañana para ir a cosechar, tenés que ir al cerro. Y en ese tiempo no había máquinas, era todo con el lomo, ¿la conocés? [muestra una hoz que guarda desde la infancia] (Patricio).

A principios de la década de 1980, Patricio migró a Calama, donde vivía su madre, en búsqueda de nuevas oportunidades de trabajo. Según su relato, era una época en que los jóvenes migraban del valle porque no había posibilidades de trabajo ni de seguir estudiando: “Todos empezaron a salir, se fueron todos para el norte”. A pesar de la distancia, Patricio y su madre se comunicaban por carta, y cuando Patricio cumplió 15 años Licinda lo llamó para que fuera a vivir con ella.

Yo estuve en Ovalle hasta los 15 años. A pesar de estar tan lejos, mi mamá me vestía, me mandaba encomiendas, me mandaba plata, hasta que llegó un punto que me dijo “¡Venite! Y veremos cómo nos arreglamos”. Y me fui al norte a estudiar. Ahí terminé el secundario, hice el servicio militar, y después me puse a trabajar en las minas, en Chuquicamata que es una mina de cobre (Patricio).

Chuquicamata se ubica 15 kilómetros al norte de Calama. Allí se encuentra la mina de cobre y oro a cielo abierto de mayor producción de Chile y una de

las más grandes del mundo. Patricio entró a trabajar en la mina “primero de peón y después [como] maestro primero en estructuras mecánicas”. La mina es administrada por la empresa estatal CODELCO (Corporación Nacional del Cobre de Chile), pero Patricio aclaró en su relato que él trabajaba para una de las tantas empresas contratistas. Es decir que era un obrero terciarizado, contratado por distintas empresas por el tiempo que durasen las obras. “Siempre se precisa un maestro de primera, porque dentro de eso hay de todo, uno es electricista, albañil, todo en la empresa. Entonces siempre había trabajo”.

Durante el tiempo en que trabajó en la mina, Patricio formó pareja y se casó a los 23 años, pero la relación no duró mucho tiempo. No quiso hablar sobre su ex mujer, solo comentó que con ella tuvo una hija a la que no pudo volver a ver después de la separación. Respecto de esa relación, señaló:

No funcionó porque yo estaba muy abocado al trabajo, me llevaba mucho tiempo trabajar en la mina, demasiado... Y dejé de lado los afectos... Era levantarte a las seis de la mañana hasta las ocho de la noche que llegaba a casa... A veces trabajaba sábado y domingo (Patricio).

La separación fue un punto de inflexión en su vida, “fue un golpe demasiado duro, ¿viste? ¿Qué hago? Yo tenía plata juntada en el banco... Primero no sabía qué hacer, pero lo que sabía era que no quería estar más ahí”.

En 1992, migró a Zurich, Suiza, donde vivía un primo lejano que le habló de posibilidades de trabajo y le ofreció hospedaje al llegar. Sin embargo, señala que Europa no le brindó oportunidades de trabajo y tuvo que volverse: “Salía a buscar trabajo, pero ese año horrible, estaba todo parado... Por eso me pegué la vuelta”. Sin embargo, él no quería volver a Chile con la experiencia de haber fracasado. Para él, “el que migra va con la idea de ser más de lo que fuiste en tu propio país”, y además quería dejar atrás la relación con su ex mujer. Al regresar de Europa se quedó en Buenos Aires, “no quería cruzar la cordillera”.

Como no tenía lugar donde alojarse se quedó en el Ejército de Salvación⁹¹ y pronto consiguió trabajo, por medio de un compañero chileno, como peón de carga en una empresa de transporte en Parque Patricios, detrás del Parque Ameghino.

Durante la década de 1990, en el contexto de las privatizaciones y la apertura económica, le resultó difícil conseguir trabajo relacionado con su oficio: “soldador de estructuras mecánicas”. En esa época era muy frecuente que las empresas redujeran personal: “iba por el puerto y no encontraba nada”. En la empresa donde trabajaba haciendo tareas de carga y descarga tenía cada vez

91. El Ejército de Salvación es una institución evangélica que brinda ayuda humanitaria. “Es como un paso... como que te dan una mano, hasta que vos te pares” (Patricio).

menos trabajo porque “había demasiada gente. Ibas a las cuatro de la mañana y estaba lleno de extranjeros, y entonces a veces salías a trabajar una vez en el día, como mucho dos veces. Entonces ese era el miedo, no tenía trabajo estable”. El alto nivel de desempleo aumentaba la competencia entre los trabajadores, e impactaba negativamente sobre el salario, la estabilidad laboral y las condiciones de trabajo. En su testimonio, Patricio relató que en más de una oportunidad pensó en retornar a Chile.

A mediados de la década de 1990, gracias a un conocido de la empresa de transporte, Patricio aprendió el oficio de albañil y plomero, empezó a trabajar por su cuenta y alquiló una pieza en un barrio de Lanús. Allí conoció a Fernanda, su actual pareja. Ella tenía un hijo recién nacido cuando se conocieron, pero su marido la golpeaba y quería “salir de esa relación”. Con ella formó una familia y decidió quedarse a vivir en la Argentina. Hasta ese momento, “siempre había vivido en la cornisa” y esta era su oportunidad de formar algo estable, de tener “un apoyo”.

En 1996, Patricio entró a trabajar en una fábrica de vidrio: “estaba en negro, pero era una fábrica”. Después pasó a otra fábrica de estopas de limpieza, pero durante la crisis de 1998-2001 lo despidieron. A partir de entonces empezó a trabajar en forma independiente en distintos oficios relacionados con la construcción (albañil, plomero, pintor y electricista de obras). El ejercicio de distintos oficios le permitió tener un campo más amplio de posibilidades de trabajo y sostener a su familia. Actualmente, la familia vive en una casa alquilada en un barrio de clase trabajadora y clase media-baja de Lanús Oeste.

En esta trayectoria familiar de clase se observa, a lo largo de tres generaciones, un pasaje del ámbito campesino a la clase popular urbana, en la que se suceden etapas de descenso y ascenso. La trayectoria ocupacional de Patricio fluctúa entre el desempeño de puestos asalariados precarios y el desarrollo de oficios por cuenta propia, y esto lo ubica en una posición de clase trabajadora en proceso de consolidación. Como se verá más adelante, las fluctuaciones de su trayectoria ocupacional están atravesadas por los vaivenes de la situación económica del país, las posibilidades de trabajo que consigue a través de su círculo de relaciones sociales y sus habilidades personales.

MECANISMOS SOCIALES DE REPRODUCCIÓN EN LAS CLASES POPULARES

Las historias de familia analizadas representan casos típicos de reproducción en las clases populares de familias criollas provenientes del interior del país o de países limítrofes. Estas trayectorias familiares de clase tienen en común el hecho de que a lo largo de tres generaciones tienen lugar dos procesos: primero, una movilidad desde ocupaciones rurales hacia ocupaciones manuales no calificadas y calificadas al pasar de los abuelos a los padres; segundo, una permanencia en las clases populares a través del desarrollo de oficios por cuenta propia entre la generación de los padres y la de los hijos.

En los relatos biográficos de los entrevistados se identifican algunas experiencias comunes que, en el transcurso de las generaciones, condicionaron su permanencia en las clases populares. Desde el enfoque teórico planteado en este estudio dichas experiencias comunes se han conceptualizado como mecanismos sociales que son expresión de condicionamientos de clase que van más allá de las historias particulares. Para describir estas experiencias comunes subyacentes en los testimonios de los entrevistados sobre su historia familiar, se ha realizado, como en el capítulo anterior, un análisis temático de dichos testimonios. El primer paso del análisis consistió en categorizar, en las narraciones, los hechos significativos destacados por los protagonistas al describir su historia familiar en relación con sus trabajos y sus condiciones de vida. Para su exposición se organizó el material alrededor de los siguientes núcleos temáticos: i) la etapa de migración al Gran Buenos Aires y la consolidación en el medio urbano; ii) las circunstancias que rodean el abandono de la escuela y el inicio de trayectorias laborales a edades tempranas; iii) el aprendizaje y el desarrollo de oficios manuales por cuenta propia, y iv) las huellas en los testimonios de los cambios en el mundo del trabajo y sus efectos sobre las condiciones de vida de sus familias. Este último eje de análisis no se trabajó como una sección independiente porque permea el recorrido por las distintas generaciones de las trayectorias familiares de clase analizadas.

LA MIGRACIÓN AL GRAN BUENOS AIRES Y EL PROCESO DE INSERCIÓN ECONÓMICA Y SOCIOCULTURAL EN EL MEDIO URBANO

En las trayectorias familiares de clase analizadas, la migración al Gran Buenos Aires, directa o por etapas (como en el caso de Patricio), aparece como el primer paso que permitió vivir “mejor” en relación con la generación de los abuelos. Los entrevistados destacaron que sus abuelos eran “gente de campo” que vivía de cultivar sus propios alimentos y criar animales, y señalaron que algunos de ellos eran trabajadores rurales transitorios y otros eran campesinos de subsistencia o tenían ocupaciones ligadas al transporte de mercaderías entre los pueblos rurales y las ciudades (“carreros”). En todos los casos, los entrevistados indicaron que sus abuelos, por sus condiciones de vida, “eran pobres”. Vivían (o viven) en ranchos, y lo que producían para ellos o lo que obtenían de trabajar para los patrones apenas les alcanzaba para satisfacer sus necesidades básicas: comer y vestirse. En sus testimonios, según las experiencias que les transmitieron sus padres o por la propia experiencia de haber vivido con sus abuelos, destacaron que las condiciones de vida en el campo eran (o son) muy arduas:

El campo es una vida sufrida, siempre tenés que estar con los animales, con la siembra, es una vida jodida, los horarios. Te levantás a las 5 de la mañana para ir a cosechar, no es una vida fácil. Ellos trabajaban con el lomo agachado. (Patricio).

Yo creo que podemos estar en un mismo nivel que mi viejo, mejor que mi abuelo, seguro, porque mis abuelos no tenían casi nada: un rancho, una casa de cartón. Cuenta mi viejo que un día de tormenta se tenía que colgar del techo para que no se vuele (Ricardo).

Mis abuelos vivían en condiciones re pobres. Los abuelos de él [su pareja] también, trabajaban todo el día en el campo, para comer y lo básico les alcanzaba (Elizabeth).

Al recorrer las trayectorias se observa que las circunstancias económicas de privación constituyen uno de los principales factores que inducen al desplazamiento desde regiones rurales hacia centros urbanos de mayor tamaño para mejorar las condiciones de vida. En todos los casos se advierte la necesidad de salir de la sociedad de origen en búsqueda de oportunidades de trabajo. Sin embargo, la decisión de emigrar no se limita a las causas económicas y las expectativas de acceso a mejores oportunidades, sino que con frecuencia suele estar entrelazada con experiencias sociales traumáticas. Este es el caso de la abuela de Elizabeth y la madre de Patricio.

La emigración de estas mujeres solas con sus hijos fue forzada por el embarazo y la ausencia del padre biológico, o por la ruptura de la pareja. Esta situación puede generar, en algunos casos, una sanción moral de la comunidad natal, que, unida a las dificultades económicas, impulsa la decisión de migrar. En este marco, la migración aparece como un recurso movilizado para provocar un cambio en sus vidas: dejar atrás “la vida en el campo” y huir de un contexto familiar y comunitario que las margina (Freidin, 2004). Tal como se señaló en el capítulo anterior, en la decisión de migrar se entretienen circunstancias objetivas y la capacidad de agencia de las personas, que nunca se pierde del todo, aun en condiciones muy adversas como las descriptas.

En el caso de las familias de Ricardo y Elizabeth, migró la generación de los abuelos y los padres durante la etapa de industrialización por sustitución de importaciones. Al llegar a Buenos Aires, los hombres se insertaron en ocupaciones manuales asalariadas en la construcción, que reportaban salarios superiores a los obtenidos en sus lugares de origen, y las mujeres se desempeñaron como empleadas de servicio doméstico. En sus relatos biográficos, Ricardo y Elizabeth destacaron reiteradamente que sus padres tuvieron acceso a mayores oportunidades de trabajo.

En esa época había mucha falta de mano de obra, me cuenta mi papá que iban los patrones de él a Retiro a esperar los trenes que venían del interior a contratar gente, por eso está lleno de santiagueños. Y tienen un pariente, se instalan acá hasta que pueden manejarse por su cuenta. La mayoría acá en el barrio son parientes nuestros o conectados por alguna cosa (Ricardo).

Como puede notarse, la migración se producía en cadena: la caravana de hombres y mujeres que partían de las estaciones de ferrocarril y de ómnibus transmitían sus experiencias a los allegados que se quedaban en los lugares de origen, y brindaban así un retrato anticipado de las posibilidades que ofrecía la gran ciudad. De este modo, el flujo migratorio se renovaba con los nuevos parientes que tentaban la aventura (Torre, 2010). La continuidad del flujo migratorio estaba dada por la existencia de oportunidades de trabajo. Al igual que en los relatos analizados en el capítulo anterior, en estas trayectorias familiares de clase de origen migratorio se advierte la presencia de una red social de parientes y conocidos que actuaba como un canal que facilitaba el desplazamiento y permitía la consolidación en el medio urbano, al brindar hospedaje, ayuda para obtener empleo, información, préstamos de dinero y apoyo emocional (Freidín, 2004).

En lo que respecta a la familia de Ricardo, sus abuelos paternos migraron a Buenos Aires a principios de la década de 1940, y la instalación siguió el recorrido típico: el loteo del terreno y la autoconstrucción con parientes y vecinos. En la forma de construcción de sus casas se conservó el estilo de las casas en que vivían en sus lugares de origen: primero levantaron ranchos de chapa y luego fueron reemplazándolos por casas de material.

ENTREVISTADOR: ¿Saben por qué eligieron este lugar para vivir?

Jorge (hermano de Ricardo): Según lo que me dijo mi abuela, le gustó la zona. En ese tiempo era descampado y se asimilaba a lo que era Santiago. Les gustó y se quedaron acá y se radicaron. Ellos hicieron un ranchito así no más y tenían un vecino acá y otro más allá. Era todo tipo campo.

ENTREVISTADOR: ¿Ellos lograron comprar algún terreno?

RICARDO: Sí, pero hace 10 años recién lo titularizamos, porque estaba a nombre de alguien que ya no existe. Era todos estos terrenos a nombre de [...], y como todos se fueron asentando, hicieron subdivisiones y recién salieron las escrituras, hace 10 años.

Esta es la casa de mi abuela, de la mamá de mi mamá. En el fondo había una casilla de chapa, después de a poco se fue haciendo de material, después mi papá fue construyendo una pieza acá abajo, y después nosotros vinimos para arriba.

ENTREVISTADOR: ¿Y cuándo ustedes construyeron la casa? ¿La construían los fines de semana?

RICARDO: Sí, o entre obra y obra.

ENTREVISTADOR: ¿Y los ayudaba alguien?

ricardo: Algunos parientes venían de vez en cuando, lo más pesado que es llenar una losa, ahí se pide ayuda a un pariente. Lo que contaba mi abuela es que tanto allá como acá, cuando un vecino empezaba a trabajar, los vecinos venían a ayudar.

Si bien durante el período del flujo migratorio interno intenso (1940-1970) en el AMBA se ofrecían oportunidades de trabajo, en el plano de la vivienda se presentaba un déficit. Esta es una de las razones por las cuales muchos migrantes

y sus familias debieron instalarse en asentamientos precarios, denominados villas de emergencia. Torre (2010: 208) plantea que “estos refugios precarios, antes que el ámbito de una cultura de la pobreza destinada a reproducirse indefinidamente, eran, como los conventillos de principios de siglo, lugares de tránsito donde quienes llegaban encontraban la cama aún caliente que habían dejado los que iban solo unos pasos adelante en la aventura inmigratoria”. Como pudo notarse en el relato de la historia familiar de Elizabeth, sus padres vivieron un tiempo en un asentamiento en el partido de Morón, y de la mano del trabajo estable como obreros calificados de los dos miembros de la pareja pudieron comprar un terreno en un barrio con mejores condiciones de urbanización y construir de a poco su vivienda.

Al incorporarse a la sociedad urbana, estas familias migrantes internas trajeron consigo sus costumbres. En la familia de Ricardo es posible observar la permanencia de lazos sociales entre la comunidad de origen y la de destino a través de la realización de múltiples actividades culturales:

ENTREVISTADOR: ¿Con Santiago, están conectados?

RICARDO: Sí, hay hermanos de mi mamá, primos... los Paralta son la mayoría... y siguen viviendo en la misma ciudad... después acá tenemos en Moreno, en González Catán, en Lanús, en Merlo, en Temperley, Monte Grande, están por todos lados.

Entrevistador: ¿Viajan a Santiago?

Ricardo: Ellos van a la fiesta de Mailín que se hace todos los años, es como la Virgen de Lujan acá.

ENTREVISTADOR: ¿Cómo es esa fiesta? Contanos.

Jorge (hermano de Ricardo): Es una fiesta patronal, se hace 40 días después de las Pascuas. La misa principal empieza el domingo, luego es la procesión. Se junta gente de todos lados, de Brasil, de Paraguay, se hace una fiesta grande, y aprovechás a saludar a todos tus familiares. Salen de acá en colectivo, mi papá organiza porque tiene un programa de radio, de 10 a 12 todos los domingos, en una radio local, Escorpio, porque le gusta mucho el folclore. Y él organiza, llena el colectivo y va. Son cuatro días sin dormir, meta baile.

ENTREVISTADOR: ¿Y tu papá hace cuánto que tiene el programa de radio?

RICARDO: Como 14 años. Son radios chicas pero de la zona es la radio más escuchada. Todo folclore y tango también.

Los migrantes siguieron en contacto con los familiares y amigos que quedaron en el pueblo natal y, cuando pudieron, viajaron para visitarlos y contarles de sus logros en la metrópoli. En la gran ciudad, las fiestas tradicionales, las peñas folclóricas y los bailes en espacios públicos de recreación fueron (o aún son) lugares en que tiene lugar la socialización con paisanos de su lugar de origen o de otras provincias. Muchos, como los padres de Ricardo, se sintieron atraídos por el tango y la milonga, y los adoptaron como propios.

Los residentes de Vera Pozos, de donde es mi mamá... Vera Pozos era una zona carbonera, mucho horno de carbón, y cuando se hace la fiesta de carbón viajamos para allá [muestra fotos sobre los hornos de carbón]. Después mi viejo hacía peñas folclóricas, ahí se juntan chaqueños, correntinos, tucumanos, catamarqueños. Acá en Solano, a unos 30 minutos (Jorge, hermano de Ricardo).

La red de relaciones sociales de los migrantes desempeñó un papel de contención emocional de los recién llegados y fue un canal para la preservación y la difusión de sus prácticas culturales: las comidas típicas, las fiestas patronales y las danzas folclóricas. Como sostiene Pérez (2007), el endogrupo es el lugar de la resistencia, el espacio propicio para que la herencia cultural se actualice recurrentemente. De manera similar al modo en que tiempo antes lo habían hecho los inmigrantes europeos, la generación de migrantes internos formó redes comunitarias y desarrolló actividades culturales de recreación en espacios públicos, que contribuyeron al reforzamiento de los lazos con sus lugares de origen. Posiblemente por la menor distancia respecto de sus pueblos natales, por el hecho de ser ciudadanos del país y por su menor poder económico, ellos no crearon instituciones de ayuda mutua de la envergadura de las que formaron las colectividades étnicas europeas. En la medida de lo posible, se casaron con paisanos de su pueblo o de otras provincias o con inmigrantes provenientes de países vecinos, y las nuevas generaciones nacidas en la gran ciudad se fueron casando con nativos de la ciudad, descendientes de europeos. Este proceso de integración cultural no estuvo exento de conflictos: la irrupción vertiginosa de los trabajadores provenientes del interior del país y de países limítrofes en Buenos Aires implicó manifestaciones discriminatorias que se reflejaron sobre todo, de manera sutil, en las relaciones cotidianas.

Al llegar, la mayoría de los migrantes hablaban su lengua materna—quechua, guaraní o toba, entre otras— y el castellano que habían aprendido durante su paso breve por la escuela primaria. Si bien la generación de los migrantes siguió más ligada a la sociedad de origen que sus hijos, ellos transmitieron a sus descendientes parte del folclore de su pueblo, que los hijos aún conservan: leyendas, música, bailes, la lengua natal y ciertas costumbres. Ricardo y su hermano saben algo de quechua: “aprendimos algunas palabras, algunos dichos, porque cuando éramos chicos, las escuchábamos en casa”. Durante el relato de su historia familiar, frente a la inquietud sobre las creencias y los valores culturales que les transmitieron sus padres, Ricardo y Jorge señalaron:

RICARDO: Más que nada las leyendas del campo, que hoy se encuentran en Internet: la salamanca, la luz mala. Es más, yo para el colegio había hecho unas revistas para el día de la tradición con literatura, fotos, con esas leyendas.

ENTREVISTADOR: Recién te preguntábamos qué valores te transmitieron tus padres y abuelos. Ahora, ¿qué valores querés transmitirle a Augusto (su hijo)?

RICARDO: Apenas empiece a entender ya le voy a contar las leyendas que nosotros sabemos para que sepa de dónde viene. La música también, el folclore, la chacarera, gato escondido, milonga. Soy fanático de José Larralde, aparte de que le hago escuchar a Elvis. Tiene un compacto de él, pero para chicos. Aparte que mi viejo es re folclorista, así que le va a meter todo eso seguro.

En estas familias se produjo una reducción del número de hijos en la generación que migró al Gran Buenos Aires. Este hecho, relacionado con la difusión de prácticas anticonceptivas en el medio urbano y una rápida internalización de esas prácticas por algunos grupos recién llegados, constituye un factor mediador relacionado al empeño para ascender socialmente.

Tanto la trayectoria familiar de clase de Ricardo como la de Elizabeth permiten observar cómo sus padres ascendieron socialmente hacia un estrato más consolidado de las clases populares durante la etapa de la industrialización por sustitución de importaciones sobre la base de un trabajo estable como obreros asalariados. Esto les permitió aprender un oficio e ir ascendiendo de categoría a medida que iban adquiriendo experiencia laboral. Sin embargo, sus trayectorias como obreros asalariados se cortan o bien a principios de la década de 1970 (padre de Ricardo) o a principios de la década de 1990 (padre de Elizabeth). En ambos casos, esta situación supuso una reorganización familiar, el desarrollo del oficio en forma autónoma o la instalación de un pequeño comercio en el barrio. Sus hijos precisamente entraron a la vida adulta durante la etapa de apertura y liberalización de la economía, y sus trayectorias ocupacionales están marcadas por un contexto caracterizado por una menor amplitud de posibilidades ocupacionales y menores oportunidades de ascenso. En este marco, la percepción sobre la migración a la gran ciudad se vio modificada:

ENTREVISTADOR: ¿Y la gente joven del pueblo sigue viniendo a Buenos Aires?

RICARDO: Sé que hay muchos chicos que no quieren venir para acá. Y ahora no es tan fácil Buenos Aires, ya no hay tanto trabajo. Allá mal que mal no les falta para comer, algo cazan o crían animales, chivas, lechones, gallinas.

La trayectoria migratoria de la familia de Patricio representa un caso típico de migración por etapas. Primero, su madre y él se desplazaron de una zona rural a una ciudad intermedia de Chile, donde su madre pasó de ser trabajadora rural a desempeñarse como empleada doméstica, y él trabajó como obrero minero. Luego, Patricio migró a Buenos Aires solo, después de una breve experiencia en Europa. En realidad, no quería volver a Chile portando un fracaso, pues ya había vivido allí varias frustraciones. Su llegada a la ciudad se produjo a principios de la década de 1990, y si bien traía junto con su equipaje el oficio de soldador de estructuras metálicas, no pudo insertarse en el mundo fabril. Recorría las fábricas

y los astilleros del puerto pero no conseguía trabajo. Era una época difícil para la mediana y pequeña industria nacional, más aún para un inmigrante limítrofe que “no tenía papeles”. Su primer trabajo fue como peón de carga en una empresa de transportes, era un empleo precario e inestable. Él recuerda los primeros años de su experiencia migratoria con dolor y tristeza:

No sabía qué hacer, no sabía si seguir acá en la Argentina o irme a mi país. Estaba... ¿viste cuando tenés la idea fija? No sabía qué hacer, yo extrañaba un montón. Fueron dos años jodidos. Trabajaba, conocía amigos, pero por dentro todo lo que había vivido era un dolor tremendo (Patricio).

En su testimonio, Patricio relata cómo, para sobrevivir, tuvo que dormir unos meses en el Ejército de Salvación y pasar algunos días sin comer hasta que consiguió su primer trabajo.

La historia de Patricio representa otra cara de la migración, en que esta conlleva una caída hacia la marginalidad por la falta de oportunidades de trabajo (lo que lo llevó a insertarse laboralmente en ocupaciones precarias de menor calificación a la suya) y una escasa integración social en la sociedad de destino. Esto último estuvo condicionado por el carácter individual de su desplazamiento y la carencia de una red social de contención.

En este contexto adverso, Patricio tejió sus primeras relaciones sociales en el trabajo y aprendió distintos oficios que le sirvieron para ir mejorando su condición socioeconómica. En su trayectoria de ascenso relativo (en comparación con su posición social durante los primeros años de su estadía en Buenos Aires), su capacidad de agencia fue un factor decisivo.

ENTREVISTADOR: ¿Y de la Argentina qué pensás? ¿Te dio oportunidades?

PATRICIO: Pienso que las oportunidades no te las da nadie. Vos tenés que buscárlas. Nadie te va a decir “vos vení a trabajar”. Si no te movés, no te movilizás, no buscás, nadie te da nada. Si vos no ponés de tu propio esfuerzo o tu propia cabeza, tu inteligencia no la usás, fuiste... fuiste. Te comen.

En síntesis, en las historias de familia analizadas, la incorporación en la vida urbana significó cierto ascenso en cuanto al estándar de vida respecto de la generación de los abuelos, tanto en lo que refiere a sus condiciones materiales y su capacidad de consumo, como en lo que respecta a la incorporación de algunas pautas de vida modernas (principalmente, una reducción de la fecundidad). Sin embargo, en estas familias no se advierte el acceso a la posición de clase trabajadora consolidada. De manera más precisa, a lo largo de sus trayectorias se observan fluctuaciones: etapas de ascenso y de descenso. Actualmente se ubican en algún punto intermedio del universo heterogéneo de las clases populares, y se sostienen mediante el desarrollo de oficios por cuenta propia.

EL INICIO TEMPRANO DE LA TRAYECTORIA OCUPACIONAL: EL APRENDIZAJE DE UN OFICIO

Uno de los mecanismos que inciden en la reproducción intergeneracional en las clases populares es el abandono temprano de la escuela y el ingreso en el mundo del trabajo. Un primer elemento a tener en cuenta en este proceso es que en algunas familias de clase popular la educación no es percibida como un medio de ascenso social. Por lo general, el principal desencadenante del abandono es un contexto familiar caracterizado por privaciones económicas, que se convierte en una presión para que los hijos y las hijas salgan a trabajar. En ocasiones, la muerte de uno de los padres acelera el inicio de la trayectoria laboral, como ocurrió en el caso del padre de Ricardo, que tuvo que salir a trabajar a los 12 años para ayudar al mantenimiento de su hogar.

Mi abuelo murió cuando mi papá tenía 12 años y se quedó con todas deudas. Entonces mi viejo empezó a trabajar en la construcción. Se vio obligado a mentir la edad para conseguir trabajo. Él empezó a trabajar en la Bagley por necesidad. Era un tiempo donde había mucho trabajo y no había mano de obra, entonces entró porque era alto, parecía mayor y mintió como que el documento no se lo habían entregado, y así quedó. Al poco tiempo vieron que agarraba la mano enseguida y el mismo patrón de él se hizo cargo ante un juez para que siga trabajando, y ahí quedó (Ricardo).

En la familia Peralta, la entrada temprana en el mundo del trabajo se repitió en la generación de Ricardo y su hermano. Al terminar la escuela primaria salieron a trabajar junto con su padre como ayudantes o peones de obra, y su padre les enseñó el oficio. La presión de los padres para que los hijos salgan a trabajar se manifiesta en la necesidad de que se autosostengan aunque estén en edad escolar, o inclusive puede ser preciso que contribuyan al mantenimiento de la economía familiar. En el caso de la familia de Ricardo, la transmisión intergeneracional del oficio del padre a sus hijos y el trabajo conjunto de los tres fue una estrategia para el sostenimiento del hogar. Ricardo narra lo siguiente sobre el momento en que terminó la escuela primaria:

Trabajé de albañil. Empecé ayudando a mi papá en la construcción, ahí aprendimos nosotros para sobrevivir. Se ganaba bien en ese tiempo. Yo también cuando empecé a trabajar ganaba bien, tenía 13, 14 años, y tenía plata en el bolsillo. Pero está difícil la construcción, es un oficio mal pago, siempre fue así. En relación con lo que se trabaja, lo que se paga es poco (Ricardo).

El inicio de la trayectoria laboral es un obstáculo para continuar los estudios. Así, el trabajo permite tener dinero en el bolsillo a costa de dejar los estudios, lo que se traduce más adelante en la obtención de trabajos peor remunerados,

por lo general de tipo manual. En la situación analizada se aplicaría lo que sostiene Solís (2007): en las familias de clase popular, la transición al trabajo está condicionada por limitaciones económicas y normas sociales que asocian el trabajo con la adultez, especialmente en el caso de los hombres, porque trabajar significa tener recursos propios, adquirir independencia y estar en condiciones de formar una familia, lo cual contribuye a la reafirmación de su masculinidad.

El relato biográfico de Elizabeth brinda elementos para comprender cómo se entreteteje la desigualdad de clase con la desigualdad de género. Como se señaló en la descripción de la historia familiar, en el inicio de su vida laboral, a los 13 años, la madre de Elizabeth se desempeñó como empleada doméstica con cama adentro para ayudar al sostenimiento de la familia a la que había sido entregada por su madre. Su trayectoria sigue el patrón común a muchas niñas de familias pobres del país (Sautu, 2004b). El trabajo temprano en el servicio doméstico tiene dos características: supone una decisión ajena a la voluntad de las niñas en que la mudanza se presenta como un cambio de domicilio dentro del mismo grupo familiar, cuando en los hechos se trata de una entrega directa que puede ocurrir por fuera del grupo familiar, y se produce en circunstancias de inestabilidad familiar, con frecuencia como resultado de conflictos o de la muerte de los padres. La falta de autonomía se destaca en el relato de Elizabeth mediante expresiones como “imaginate el sufrimiento de mi vieja” o “no le quedaba otra”. “La ‘disposición de mujeres’ [...] si constituye, como suponemos, una práctica social generalizada, está indicando la valoración que el hogar tiene de sus miembros femeninos” (Sautu, 2004b: 117).

Elizabeth también inició su trayectoria ocupacional a una edad temprana (15 años), luego de repetir el tercer año de la escuela secundaria. En su testimonio, señaló que consiguió su primer trabajo de ayudanta de cocina a través de su madre:

Yo empecé a trabajar en un restaurante. Mi mamá después de 4 o 5 años que tuvo el negocio vino la dueña de donde ella trabaja y le dice que estaba por abrir un restaurante en el Colegio de Escribanos en Callao y Las Heras. Y mi mamá le dice que sí, porque le iban a pagar un buen sueldo, iba a estar en la cocina, iba a mandar. Y bueno, dice mi mamá, pero como condición la llevo a mi hija a trabajar conmigo. Entonces ese fue mi primer trabajo. Yo encantada, y a la vez que trabajaba con mi mamá estaba estudiando yo, había empezado la nocturna, y venía de trabajar de allá (Elizabeth).

En la familia de Elizabeth, al igual que en la de Ricardo, se produjo una transmisión directa del oficio como un recurso económico para sostenerse económicamente. Para ese entonces Elizabeth se había pasado a una escuela nocturna, pero luego se fue a vivir con su pareja, tuvo su primer hijo⁹² y dejó de estudiar.

A mi marido lo conocí muy joven, a los 12 años. Fuimos amigos muchos años, nosotros nos juntamos cuando yo tenía 17 años. Me fui de mi casa a lo de mi hermana y ahí él decía que no quería que me fuese sola porque no nos íbamos a ver más, porque nuestras familias no querían que estemos juntos, porque mi papá quería que estudiemos, que éramos chicas. Y la familia de él era distinta, más permisiva, no importaba si estudiaba o no. La mamá no le ponía mucha atención a eso, tenían una mentalidad que los hombres tenían que trabajar, en mi casa todo lo contrario, era “estudiás o estudiás”, y yo era la oveja negra de la familia. Estuvimos tres meses de novios y un año juntos, y vivíamos acá, en lo que ahora es la habitación de mis hijas, solo eso había, todo lo otro lo hicimos después, mucho después. Y yo me quedo embarazada del nene más chiquito, que eso fue cuando yo tenía casi 18. Ahí no más pasó todo, entre mis 16 y mis 18. Y me quedé embarazada y después se complicó [seguir estudiando] (Elizabeth).

Para las mujeres de clase popular, la maternidad temprana es una experiencia condicionante que induce a la deserción escolar. Después de tener a su primer hijo, Elizabeth y su pareja intentaron retomar sus estudios secundarios y con ese objetivo se anotaron en escuelas nocturnas, pero por distintas circunstancias no pudieron finalizarlos. En su testimonio, Elizabeth resalta que llegaban cansados del trabajo y tenían poco tiempo para estudiar porque la prioridad era resolver los problemas económicos. La deserción significó para ella una decepción personal y familiar, porque sus padres le habían transmitido el valor de la educación. Ella siente que no pudo cumplir las expectativas. Quizás por ello, completar el secundario es uno de sus desafíos pendientes:

Después yo me volví a anotar en la nocturna [...] pero dejamos porque nos cansábamos de trabajar, volvíamos muy cansados. Lo que pasa es que no podíamos continuar por problemas, siempre pasaba algo. O estábamos mal o lo que sea, pero ahora lo voy a terminar (Elizabeth).

De alguna manera, su frustración se convirtió en un anhelo de superación que se transmite a las generaciones siguientes de la familia: la pareja quiere que sus hijas estudien. Marcelo, la pareja de Elizabeth, remarcó durante la

92. Durante la entrevista Elizabeth contó que antes de tener a sus dos nenas tuvo un hijo que murió a los cinco meses. La entrevistada dio a entender que había sido una experiencia muy dolorosa para ella y su pareja, pero que ya la habían superado.

entrevista que el hecho de no haber estudiado significó para él un campo de posibilidades laborales más acotado y un camino de limitaciones y ataduras:

ENTREVISTADOR: ¿Y respecto a las nenas, qué expectativas tienen?

MARCELO (PAREJA DE ELIZABETH): Nosotros que estudien, porque van a ser felices si estudian, *porque a nosotros se nos complicó la vida por no estudiar* (énfasis propio).

El caso de Elizabeth muestra cómo, para las mujeres de clase popular, la formación de una pareja y el embarazo obstaculizan la continuidad de su trayectoria educativa. Asimismo, en el caso de Elizabeth la llegada de los hijos implicó cambios en su trayectoria ocupacional. Para las mujeres con hijos chicos, la permanencia en el mundo del trabajo supone una evaluación de costos y oportunidades entre “salir o quedarse en la casa” que involucra los aspectos de la organización del hogar como unidad de consumo. En este caso, Elizabeth dejó de desempeñarse como asalariada en el restaurante, pero no estuvo mucho tiempo sin trabajar porque la economía cotidiana del hogar requería su aporte. Así, apenas pudo empezó a trabajar con su madre en el almacén que sus padres habían abierto en el barrio, luego trabajó en la verdulería de su suegra, más tarde hizo promociones de una línea de productos herméticos, y en plena crisis de 2001-2002 preparó tortas con su hermana que trabaja de repostera. Luego de tener a sus hijas no volvió a insertarse como trabajadora asalariada, pero sí contribuyó continuamente con su fuerza de trabajo a la reproducción material del hogar a través de su participación en emprendimientos familiares de autoempleo.

Por último se describe cómo se dio el ingreso en el mundo del trabajo en la familia de Patricio. Su madre quedó embarazada a los 15 años y tuvo que migrar de su pueblo debido a la presión de la comunidad, cuyo orden moral condenaba a las mujeres jóvenes solteras con hijos. Al llegar a la ciudad, su primer trabajo consistió en desempeñarse como empleada de servicio doméstico, y esta fue su ocupación principal hasta hace unos pocos años atrás cuando entró a trabajar como conserje en un hotel.

Patricio trabajó durante su infancia con sus abuelos en el campo y cuando migró al norte de Chile, donde vivía su madre, hizo algunas changas mientras cursaba el secundario, para tener dinero para sus gastos y ayudar a su madre a pagar el alquiler del lugar donde vivían:

Yo vivía en casas de familias, estudiaba y pagaba. Yo me sentía como de la familia, yo tenía mi pieza, era como un integrante más de la familia, pero pagaba, ¿me entendés? En ese momento trabajaba para tener mis cositas, para salir, pero después estudié hasta los 17, y después me tocó la colimba, y me tocó dos años. Después salí y empecé a trabajar en la mina (Patricio).

Al salir del servicio militar, Patricio entró a trabajar en la mina de Chuquicamata: primero se desempeñó como peón haciendo zanjas y luego ascendió a maestro soldador de estructuras metálicas. En su relato se advierte que él no tuvo la opción de seguir estudiando porque había formado pareja y tenía la necesidad de trabajar para mantener a su nueva familia. Asimismo, el trabajo en la mina le llevaba mucho tiempo e implicaba un gran desgaste físico.

En suma, en las familias que permanecieron en las clases populares, tanto en la generación de los padres como en la de los hijos, se observa que la trayectoria educativa fue interrumpida a una edad temprana del ciclo vital y seguida del inicio de la trayectoria laboral. El ingreso en el mundo del trabajo se realizó a través de ocupaciones manuales. A su vez, a medida que estas personas fueron adquiriendo conocimientos y experiencia laboral, fueron ascendiendo de categoría: peón o aprendiz, medio oficial, oficial y oficial especializado. En todos los casos, el aprendizaje del oficio se realizó en el ámbito de desempeño ocupacional, en la práctica misma, y en algunas familias se produjo mediante una transmisión directa de padres a hijos. Ahora bien, mientras que los padres de los entrevistados tuvieron experiencias de trabajo asalariado en empresas de construcción o en fábricas durante un tiempo prolongado de sus trayectorias laborales, sus hijos desarrollaron oficios por cuenta propia, en algunos casos luego de haber tenido breves experiencias laborales en empresas más pequeñas, en condiciones de precariedad y de menor estabilidad. Para las generaciones más jóvenes de estas familias, socializadas en el contexto de la precarización laboral y el alto desempleo durante la década de 1990 y principios de 2000, la vía del trabajo por cuenta propia fue un recurso que permitió sostener la economía familiar y atemperar los efectos de la caída. En la actualidad, el trabajo por cuenta propia manual sigue siendo la principal fuente de ingresos de sus hogares. En el próximo apartado se analizan los significados atribuidos por los entrevistados a su trabajo y sus condiciones de vida en comparación con los significados transmitidos por sus familias de origen.

EL DESARROLLO DE OFICIOS POR CUENTA PROPIA Y DE MICROEMPREDIMIENTOS FAMILIARES

En las trayectorias familiares de clase analizadas, la generación más joven desempeña en la actualidad ocupaciones típicas del sector informal (feriantes, albañiles y otros trabajadores autónomos de la construcción). Estas ocupaciones se caracterizan por el hecho de que se desarrollan en forma autónoma y no suponen remuneraciones fijas. Asimismo, su realización requiere la utilización de dotes muy pequeñas de capital (equipamiento e instrumentos de trabajo), y en algunas circunstancias se precisa la contratación de trabajo asalariado. Una de las características centrales de estas ocupaciones es que

son actividades que hay que generar y desplegar, motivo por el cual juegan un papel preponderante las redes de sociabilidad de quienes las asumen y su disposición y empuje para encarar la actividad (Feldman y Murmis, 2002; Chávez Molina, 2010). Con base en el objetivo central de definir qué tipo de cambios y continuidades se observan en relación con el lugar ocupado por estas familias en la estructura de clases a lo largo de su trayectoria biográfica, en esta sección se analiza qué significados tiene, para los entrevistados, el desarrollo de oficios por cuenta propia y de emprendimientos familiares, y cómo perciben su situación de clase social actual en comparación con la de sus padres durante su infancia y adolescencia.

Ricardo trabaja actualmente de albañil por cuenta propia junto con su padre y su hermano, por lo general en obras ubicadas en zonas cercanas a su zona de residencia: “Quilmes, Florencio Varela y Berazategui”. Su padre, Ramón Peralta, está jubilado pero es un albañil experto reconocido en el medio y, por su experiencia, es el encargado de dirigir y organizar el trabajo del grupo familiar. En ocasiones, cuando “les sale” un trabajo grande, contrata a conocidos, por lo general vecinos u otros familiares, para que lo ayuden. Ramón y sus hijos tienen empleos con relativa continuidad, pero en condiciones de precariedad (sin aportes ni cobertura social) y están sujetos a los vaivenes que caracterizan a la industria de la construcción. Sus ingresos son ajustados y son utilizados casi exclusivamente para satisfacer las necesidades básicas de los miembros de la unidad doméstica:

Siempre estamos los tres. A veces somos cinco, mi viejo lleva un par de amigos cuando hay mucho trabajo y el presupuesto da para llevar a otro. Después, los impuestos los dividimos entre los tres, mi papá, mi hermano y yo que somos los que trabajamos en la casa, y bueno, después los gastos de la casa, compramos lo que podemos. Guardamos en la alacena y vamos tirando. Guardamos plata para viajar y para las fotocopias, y ahorrar hace mucho que no ahorramos. Pudimos ahorrar un poquito, pero estuvimos tres semanas sin trabajar y ahí se fue todo, hace un mes atrás. A él [señala a su hijo de un año] nunca le faltó nada. Nosotros a la noche tomamos mate y cuando nos damos cuenta, no cenamos (Ricardo).

En su testimonio, Ricardo destaca que una de las condiciones centrales para que la familia pueda sostenerse económicamente es la continuidad de la “cadena de trabajo”:

RICARDO: Lo más importante siempre fue el trabajo, la base de todo es la cadena de trabajo, que no se corte, siempre estar trabajando, salir de una obra y entrar en otra. Más de tres meses nunca estuvimos sin trabajo.

ENTREVISTADOR: ¿Y recordás cuál fue la época de menos trabajo?

RICARDO: Y con Carlitos, con el innombrable, estuvimos como tres meses sin trabajo. Fue en el traspaso de Alfonsín a Carlitos. Para nosotros tres meses es mucho.

Los clientes llegan por recomendación, generalmente se contactan como resultado de la experiencia de su padre. Como la continuidad de la cadena de trabajo depende de que los recomienden para otros trabajos, ellos se esfuerzan para que cada obra de turno “quede bien”. La base para conseguir trabajos futuros en esta actividad depende de construir una trayectoria y un perfil fundado en la calidad, la probada responsabilidad y la honestidad: “A mi viejo lo contratan por la experiencia. Es uno de los pocos colocadores de piedra que hay en la zona, piedras naturales en los frentes”.

Por otra parte, el desarrollo de un oficio en forma autónoma le permite a Ricardo disponer de ciertas “libertades laborales”, como manejar los horarios y no rendir cuentas a un patrón. Esto le brinda la posibilidad de cursar el profesorado en Historia:

RICARDO: Yo puedo estudiar, y mi viejo no estudió porque trabajaba hasta tarde. Yo, como trabajo con mi viejo, puedo manejar los horarios, puedo trabajar y estudiar, y él, como trabajaba bajo patrón, no podía. Él hizo un primer año del secundario pero lo dejó a mitad de año, trabajaba hasta tarde y no le daban los horarios.

ENTREVISTADOR: ¿Y está bueno para ustedes trabajar por cuenta propia o preferirían trabajar en relación de dependencia?

RICARDO: No, porque si no los horarios me perjudican. Tuvimos un par de años trabajando en una empresa de publicidad, pero llegábamos a las nueve de la noche...

ENTREVISTADOR: ¿Por qué? ¿Las jornadas de cuántas horas son?

RICARDO: Y, hoy en día, como de diez horas. Y si había extras, 12 horas o más. Yo por el estudio me conviene seguir así. Él me hace gamba y me hace salir más temprano. La tía de mi señora me ofreció trabajo de seguridad en La Rural y podría entrar, pero tendría que dejar de estudiar y encima me queda lejos. Llego a las once de la noche... si estoy muy apretado y no me queda otra sí, pero tendría que dejar la carrera. Mientras pueda pilotearla así, voy a seguir así.

Esta autonomía en el trabajo no supone una libertad económica. Por el contrario, la reproducción de la vida cotidiana de la familia está condicionada por una continuidad del trabajo que no está asegurada. La sensación de incertidumbre y ciertas limitaciones económicas permean el relato biográfico de Ricardo. En la vida cotidiana de la familia predomina una lógica de “arreglarse sobre la marcha” y enfrentar la escasez a través de la combinación creativa de “lo que hay”, característica de las familias de clase popular (Margulis, Urresti y Lewin, 2007). La economía familiar no les permite salir mucho: en general los fines de semana se reúnen en casas de parientes y hace muchos años que no se van de vacaciones.

En la trayectoria familiar de clase de la familia Peralta se observa que, si bien los hijos siguen la huella de su padre, se insertan laboralmente en una época de menores oportunidades económicas, y así lo percibe Ricardo:

ENTREVISTADOR: ¿Y si vos tuvieras que compararte con tus abuelos y tus padres, que dirías, pensando en tu familia? ¿Qué estás mejor, igual o peor?

RICARDO: ¿En qué sentido? ¿Económico? Yo creo que podemos estar en un mismo nivel que mi viejo, mejor que mi abuelo seguro [...].

ENTREVISTADOR: ¿Y respecto a la generación de tus padres, creés que tuviste más oportunidades o menos?

RICARDO: Sé que mi viejo tuvo más oportunidades, porque la época de él era mejor. Había mucho trabajo, ganaba bien, pudo construir mucho. Nosotros esas oportunidades tan grosas no tuvimos, a mi construir me cuesta mucho más. ¿Cuánto vale una bolsa de cemento ahora? Lo que me sobra a mí de lo que gastamos normalmente, no sé si puedo construir lo que construyó mi viejo. Él tuvo más oportunidades, él tuvo mejores épocas, tal vez... Nosotros vivimos una época más difícil económicamente.

El trabajo independiente en la construcción fue experimentando condiciones cada vez más deterioradas, hecho al que contribuyó el aumento de la competencia por la presión ejercida, sobre este mercado laboral, por los trabajadores nativos expulsados de otras actividades y los inmigrantes limítrofes que tradicionalmente se insertaron en esta actividad. En épocas más prósperas, con el trabajo de su padre, primero como asalariado y luego como cuentapropista, la familia pudo comprar un lote en el barrio, construir la vivienda, ampliar las habitaciones cuando vinieron los hijos e ir reemplazando los materiales de la casa. Ricardo, quien formó su propia familia recientemente, destaca en su relato que le cuesta más construir. Por ahora ha construido una pieza arriba de la casa de sus padres, aunque le hubiera gustado comprar un terreno cerca y hacer su propia casa. Como sostiene Di Virgilio (2007), en las últimas décadas, a las familias de clase popular que viven en situación de pobreza les resulta prácticamente imposible cumplir con una estrategia previa de ahorro y equipamiento planificado para acceder a la vivienda.

El análisis de la trayectoria familiar de clase de Ricardo brinda algunos elementos para describir cómo la transmisión y el desempeño de un oficio manual constituyen una vía de permanencia en las clases populares. Los altibajos económicos que afectan la actividad de la construcción impactan sobre las condiciones de vida de la familia y ponen en evidencia su vulnerabilidad económica. En épocas de crisis, la familia utiliza los pocos ahorros que logró juntar durante la etapa de trabajo intenso y vive de manera austera, aunque por momentos experimenta cierta escasez para cubrir las necesidades básicas. La ayuda mutua de familiares y conocidos del barrio permite atenuar los efectos de las crisis, y la red de contactos constituye una fuente de información para conseguir nuevos trabajos.

El caso de la familia de Elizabeth permite identificar quiebres en las experiencias de trabajo en el pasaje de los padres a los hijos. Las trayectorias de

Elizabeth y su pareja, al igual que las de muchos jóvenes de clase popular de su generación que vivieron su adolescencia y la transición a la adultez durante la década de 1990 y la crisis de 2001-2002, están marcadas por la exclusión de instancias socializadoras como la fábrica y el sindicato.

Elizabeth y su pareja, Marcelo, tuvieron una experiencia laboral breve como obreros asalariados en pequeñas empresas de servicios. Elizabeth, como se vio anteriormente, trabajó un tiempo como ayudanta de cocina, interrumpió su trayectoria laboral por la llegada de sus hijos, y luego se reinsertó laboralmente en varios emprendimientos familiares de autoempleo. Marcelo también tuvo una trayectoria ocupacional inestable en que intercambiaba ocupaciones asalariadas formales e informales y emprendimientos de autoempleo:

MARCELO: Yo trabajé en un montón de lados. Primero trabajé de ascensorista y camillero del Hospital Italiano. Yo era menor pero el padre de un amigo me ponía como si fuera mayor.

ENTREVISTADOR: ¿Y por qué no trabajaste más ahí?

MARCELO: Porque era feo el laburo, era de noche, sábado y domingo y no pagaban bien.

ENTREVISTADOR: ¿Y después dónde más trabajaste?

MARCELO: Hice un montón de cosas: trabajé en un lavadero, trabajé como dos o tres años... Después me cansé porque hacía mucho frío, era muy duro, no era un trabajo para mí, con el agua, el frío... Y yo iba a la escuela también, y era muy complicado.

ENTREVISTADOR: ¿Y después?

MARCELO: En la gastronomía. Trabajé en un montón de lados: trabajé de cocinero en la Farola de San Justo, mi papá era cocinero de ahí. Fui pintor, mozo, también en una hamburguesería pero me trataban para la mierda. Había mucho mal trato y por eso me fui. Después estuve trabajando de remise, de empleado, pero ganaba re mal. Después de vuelta como remisero, pero con auto propio, y laburaba en Once pero no ganaba mucho, porque capaz se rompe el auto y lo que tenías juntado lo tenés que poner. Y después mi mamá me dice que ponía una carnicería y trabajaba para ella. Primero trabajaba para ella, y ahora trabajo vendiendo pizza en la feria.

ENTREVISTADOR: ¿En qué feria?

MARCELO: Oro Verde, en el kilómetro 36 de Ruta 3. Y ahora trabajo en muchas ferias, vendo en ferias. No me va re bien pero vivo cómodo.

En los testimonios de Elizabeth y de Marcelo se advierte que sus experiencias vinculadas al trabajo asalariado se dieron en condiciones precarias: aparecen reiteradamente expresiones de rechazo e indignación frente a los bajos salarios, el mal trato de los patrones, la larga extensión de las jornadas de trabajo, y la falta de aportes jubilatorios y de cobertura social:

En el trabajo que más estuve fue en un restaurante. El dueño era un explotador. Me fui y nunca me pagaron nada. Hacían trampas, trabajaba en la cocina, en el mostrador, hasta capaz barría el patio, y de ahí me fui mal. No me hacían los aportes. En realidad nadie

te aporta y te pagan minusas, ni lo que va por el sindicato. Era muy explotador, ganaba muy poco y me exigían mucho. El sistema te absorbe mucho, trabajar en un lugar todo el día, y encima el poco tiempo que te queda ocuparlo en la escuela se complica, ¿viste? (Elizabeth).

Frente a estas condiciones de precariedad laboral y sobreexplotación económica, Elizabeth y Marcelo desarrollaron emprendimientos familiares que implican el desarrollo de oficios manuales por cuenta propia. Se observa que, en el desarrollo de estos emprendimientos, Elizabeth y Marcelo movilizaron competencias que les transmitieron sus padres, adquiridas en experiencias laborales previas. En relación con sus padres, que fueron obreros asalariados, este cambio ocupacional significó una movilidad descendente por la pérdida de la estabilidad laboral y la cobertura social, aunque ellos pudieron sostenerse económicamente:

ENTREVISTADOR: ¿A qué clase social creen que pertenece su familia actualmente?

ELIZABETH: No sé, normal.

ENTREVISTADOR: ¿A qué le llamas normal?

ELIZABETH: No nos sobra el dinero, pero, de repente, si queremos comprarnos algo lo podemos comprar, ropa no nos falta. Es que en realidad nosotros no queremos tener un montón, queremos que nos alcance para vivir, que de repente a las nenas no les falte nada, ¿me entendés? Que estén vestidas, ¿me entendés lo que te digo? Si queremos ir a algún lado nos vamos, vamos a recitales, nos vamos de vacaciones, salimos, las sacamos a las nenas a algún lado.

ENTREVISTADOR: Y si se tuvieran que comparar con la generación de tus padres, ¿creés que estás mejor, igual o peor?

ELIZABETH: Y... mis viejos vivían casi como nosotros, igual prácticamente, pero económicamente estaban mejor. Nosotros... mis viejos laburaron siempre. En mi adolescencia o de chicos vivíamos bien, no nos faltaba nada, estuvimos bien. De ahí que nosotros no quisimos estudiar, pero por cuestiones de la vida.

Quizás una imagen más precisa de los cambios de esta trayectoria familiar de clase sea una inflexión de la pendiente: sus padres lograron ascender socialmente respecto de los abuelos a través del acceso a ocupaciones obreras estables que les permitió comprar un terreno y construir su casa. En cambio, Elizabeth y Marcelo no pudieron terminar la secundaria, tampoco pudieron hacer una carrera obrera en una fábrica o una empresa, y actualmente viven en la casa de sus padres, en el mismo barrio en que nacieron. Sus ingresos les alcanzan para cubrir sus necesidades básicas, hacer algunas salidas con sus hijas e ir de vacaciones, pero no pueden ahorrar ni crecer económicamente. El círculo de amistades que frecuentan se basa en el barrio y en sus ámbitos de trabajo, y sus itinerarios se relacionan con los de personas de su misma condición de clase (o similar), pero son contadas las interacciones que implican experiencias de socialización interclases.

Por último se analiza qué recursos movilizó Patricio para aprender y desarrollar distintos oficios por cuenta propia que le permitieron lograr pequeñas mejoras en su posición social desde que llegó a Buenos Aires. Durante la entrevista, Patricio contó que aprendió el oficio de albañil a través un contacto de la empresa donde trabajaba haciendo changas:

PATRICIO: La hija del dueño tenía una pequeña empresa que tenía plomeros, albañiles. Ella volanteaba y la llamaban. El marido de ella era plomero gasista, tenía albañiles, y me prendí en esa y me dice: “¿vos qué sabes hacer?”. Yo le decía: “lo único que sé es soldar, armo puertas, ventanas en estructuras metálicas”. Me dice: “bueno, pero por ahí vas a aprender albañilería”.

ENTREVISTADOR: ¿Vos eras soldador?

PATRICIO: Sí, soldador en estructuras metálicas. Lo que pasa es que eso no es tan habitual, no se necesita tanto. Entonces más o menos me había dado maña en albañilería, y el primer trabajo que salió fue de albañilería. Mi primer trabajo era de albañil, lo que no sabía lo preguntaba, y empecé a trabajar así. Ahí empecé a trabajar por mi cuenta.

Como puede observarse, en el aprendizaje de las competencias con frecuencia se destaca el papel de los lazos sociales. En compañía de amigos, parientes o conocidos y durante el desarrollo de la actividad misma se aprenden las técnicas y los saberes que hay que poner en juego en la actividad: así se aprende desde cómo conseguir los clientes, cómo realizar la tarea y cómo usar las herramientas, hasta cuánto cobrar por el tipo de trabajo. “Esas competencias involucran la disposición y confianza en la propia capacidad de encarar los desafíos que supone el desarrollo de la actividad, lo que generalmente se ve favorecido por el aliento o estímulo de otros significativos a ese respecto” (Feldman y Murmis, 2002). Asimismo, la capacidad de agencia es central para revertir contextos desfavorables. Frente a la incertidumbre que implica encarar nuevas tareas, Patricio siempre ha mostrado un alto grado de autoestima, atrevimiento y destreza para encararlas:

ENTREVISTADOR: ¿Y en albañilería empezaste como peón de albañil, medio oficial u oficial?

PATRICIO: De oficial, siempre yo un paso adelante, nunca pa' tras [risas]. Siempre para el frente. Yo no tenía idea de nada pero yo para vos era oficial, y así arranqué. Lo que no sabía, lo preguntaba. Es más, tengo un cuaderno ahí de las cosas de electricidad. Te puedo mostrar los planitos, cómo van los cables... Así aprendí yo. O si tengo que levantar una pared, 40 para abajo, listo. Lo fui aprendiendo porque el marido de ella era plomero pero el muy hijo no me quería enseñar. Cuando le tocaba plomería, yo iba zanjeaba y tapaba, el laburo mío era de albañil. Y a la vez lo miraba cómo hacía, y así aprendí, aprendí de él, pero él no sabía que yo estaba aprendiendo. Pero yo lo miraba hasta que me largué solo, empecé a comprarme mis herramientas, cuchara... Empecé a hacerme mis herramientas, después me compré un soplete para soldar, me compré una soldadora, una amoladora, me compré todo, pero siempre fui de oficial, nunca de peón.

Su capacidad de agencia y su círculo de contactos también fueron dos factores centrales para mantener la cadena de trabajo. En su trayectoria ocupacional combinó el trabajo por cuenta propia con changas en empresas para cubrir los huecos, y con el tiempo fue aprendiendo otros oficios para ampliar su abanico de oportunidades laborales. No obstante, su trabajo es inestable, pues en última instancia “dependés de que otros te llamen”.

ENTREVISTADOR: ¿Y enganchabas un trabajo atrás de otro, o estabas algún tiempo parado?

PATRICIO: Todo dependía de los llamados que llegaban. Y cuando no tenía a veces me agarraba de la agencia, como yo la conocía a ella... Yo vivía a la vuelta, siempre estábamos en contacto. Yo le decía “no tengo nada para mañana, ¿por qué no me tirás un laburo?”, y laburaba en la agencia. Después empecé a hacer otros oficios porque el mismo trabajo me lo fue pidiendo. Como yo empecé a conocer gente... El muchacho que yo le hice la parrilla era gasista matriculado, y él me enseñó, Carlitos... Él valoró mucho lo que yo trabajaba. Cuando trabajaba ahí no tenía horario. Como yo precisaba tanto la plata, trabajaba hasta las siete u ocho de la noche, y eso es lo que a él le impactó. Como yo trabajaba solo, a mí me tenía que rendir el trabajo. Entonces tenía que darle y darle, entonces por eso nos hicimos amigos. Después ya me empezaron a salir laburos de electricidad. Cualquier duda iba con él, con la misma gente que ibas a pintar, te decía que tenía roto un caño y así.

Patricio también valora la autonomía que le da trabajar por cuenta pero la desventaja es que “se te corta... podés estar parado una semana, dos semanas y es plata que a vos no te entra”.

ENTREVISTADOR: ¿Y qué haces en esos momentos?

PATRICIO: Y contás con lo que tenés, nadie te va a dar, “Tomá”, no, tenés que contar con lo que tenés... Te digo más, yo estoy pensándolo bien... Digo, a veces pienso que es momento de buscar algo fijo, pero por ahí, digo, con todo lo que he aprendido, tantos años viví de esto que me ha dado satisfacciones, solo, nadie te regala nada, de a poco uno va saliendo adelante, con sus problemas, esto tiene sus altos y sus bajos.

Por la inestabilidad de su trabajo y los altibajos económicos que conlleva, Patricio se pregunta si no sería conveniente acceder a algún puesto fijo en una fábrica o empresa. Por último, cabe resaltar cómo percibe Patricio su posición de clase actual en relación con sus orígenes:

ENTREVISTADOR: ¿A qué clase social creés que pertenece tu familia en la actualidad?

PATRICIO: Como están las cosas hoy en día, pienso que estamos abajo, por como son las cosas hoy en día. Antes yo ganaba mucho más de lo que gano hoy en día, el trabajo era más seguido... Hoy no es tan seguido, tenés que rebuscártela. Por eso yo, dentro de todo, hago de todo, y tengo muchos clientes que saben cómo trabajo, pero si tuviera una sola cosa me muero de hambre. Esto, por ejemplo, no es mío, lo alquilo, ¿entendés? ¿Por qué

te pensás que está así como está?

ENTREVISTADOR: Y si tuvieras que compararte con tus abuelos y tus padres y tu mamá, ¿dirías que estas igual, mejor o peor en términos de posición económica, de clase social?

PATRICIO: Pienso que mejor...

ENTREVISTADOR: ¿Por qué?

PATRICIO: Porque yo logré muchas cosas, muchas cosas que ella tampoco ni las pensaba. Todo el esfuerzo valió la pena, y sí, estoy mejor que ellos.

ENTREVISTADOR: ¿Y esas cosas que lograste cuáles son?

PATRICIO: Tener una buena familia, tener algunas comodidades y algunos gustos. Porque ninguno de los dos somos de quedarnos, nos vamos poniendo metas, siempre nos manejamos así.

Patricio define la situación de clase de su familia con la expresión “estamos abajo”, y esta interpretación está íntimamente ligada, según él, con sus experiencias como cuentapropista, y con las intermitencias características de esta vía laboral. En momentos prósperos en que Patricio consigue muchos trabajos, la familia va equipando el hogar con electrodomésticos, colchones, computadora y televisión. Sin embargo, se trata de metas a corto plazo, pequeñas mejoras que se perciben al alcance de sus posibilidades. Su círculo de relaciones sociales en general se basa en el barrio, y allí tiene lugar la mayoría de sus salidas. Los hijos de Patricio juegan al baby fútbol en el club Progreso, que queda a pocas cuadras de su casa, y la familia pasa allí los sábados alentando a los chicos y colaborando con las actividades del club. Los domingos suelen pasarlos en su casa mirando películas. Se fueron de vacaciones dos veces: una vez decidieron ir repentinamente a la costa: “Cuando Lautaro estaba chiquito, fue un viaje relámpago. Llegó y me dice ella: ‘vamos a Mar del Plata’ [Risas]”. Otra vez fueron a Córdoba, donde se alojaron en la casa de la madrina de uno de sus hijos.

A modo de cierre de esta sección cabe retomar el interrogante inicial que guía el análisis: ¿qué tipos de trayectorias familiares de clase expresan los casos analizados? ¿Cuál es el significado y la direccionalidad de las transformaciones operadas en las condiciones de existencia a lo largo de las distintas generaciones de las familias? ¿Por qué constituyen un modelo analítico típico de comparación y contrastación teórica?

UNA VISIÓN DE CONJUNTO

En las trayectorias familiares de clase analizadas se observó que el desarrollo de oficios por cuenta propia y la realización de emprendimientos familiares, como los pequeños comercios instalados en la casa o en ferias barriales, constituyeron una estrategia de subsistencia que permitió la reproducción material de la unidad doméstica. En estas experiencias laborales no se encuentran elementos que supongan formas de acumulación y crecimiento, por lo que el pasaje intergeneracional a estas ocupaciones no representó un ascenso social a la pequeña

burguesía urbana, sino que más bien constituyó una forma de amortiguar el desclasamiento que implicó la pérdida del trabajo asalariado.

El análisis cualitativo de las historias de familia permitió acceder a otras dimensiones constitutivas de la clase social de pertenencia, además de la ocupación de origen y de destino, entre ellas: una visión más completa de las trayectorias ocupacionales de los miembros de la familia, la condición de la vivienda, las características del barrio en que reside la familia y algunos aspectos del modo de vida de sus miembros. De este modo fue posible añadir otros elementos de la historia concreta de las familias y superar la categorización algo rígida de las clases en los esquemas utilizados para su medición. *Con base en datos relativos a los trabajos que realizan, los ingresos que obtienen, el barrio donde viven y los ámbitos de socialización en que participan, cabe afirmar que las familias analizadas se ubican en una zona intermedia dentro de las clases populares, cuya característica central es la vulnerabilidad.* (De acuerdo con reform.)

Los casos analizados reflejan, como sostiene Margulis (2007), “un gesto hacia la modernidad”, que se inicia con la migración al Gran Buenos Aires con el objetivo de acceder a los bienes del progreso, pero este movimiento encontró un freno en las promesas incumplidas del proyecto industrial de mediados del siglo XX. La desarticulación del modelo de desarrollo económico de la industrialización por sustitución de importaciones implicó un aumento de la brecha de las oportunidades ocupacionales y educativas, porque la apertura de la economía permitió el ingreso de nuevas tecnologías, elevó los umbrales de conocimientos técnicos requeridos y desencadenó un proceso de concentración de capital y de expulsión de fuerza de trabajo. Para las personas pertenecientes a los estratos más bajos de la estructura de clases esto significó un incremento de las barreras de acceso a las ocupaciones formales. En este marco, una proporción considerable de ellas, como puede notarse en los casos descriptos, encontraron en el trabajo informal una forma de supervivencia y de adaptación incómoda a la gran ciudad.

Si bien las generaciones más jóvenes de las familias analizadas se insertaron en ocupaciones de tipo informal, esto no implicó, como se vio, una caída en la marginalidad urbana. Durante el período de crecimiento económico acelerado y continuo comprendido de 2003 a 2010, estas familias alcanzaron ciertas mejoras de su situación material. Sin embargo, sus miembros más jóvenes aún no accedieron a canales de movilidad ascendente hacia una posición consolidada de la clase trabajadora. A continuación se analizan las trayectorias de familias que se reprodujeron intergeneracionalmente en la clase obrera urbana.

TRABAJO FABRIL

En esta sección se discuten algunos aspectos relacionados con el trabajo fabril y la participación sindical como canales de ascenso dentro de las clases populares. Para ello se describen las trayectorias y experiencias de clase de fa-

milias con dos generaciones de obreros con militancia sindical de base. Estas familias fueron contactadas a través de los sindicatos: el metalúrgico (UOM) y el del calzado (UTICRA).

Durante la etapa de la industrialización por sustitución de importaciones, el trabajo fabril constituyó la matriz sobre la que se conformó una clase trabajadora consolidada, cuyos rasgos arquetípicos, como se señaló en el capítulo V, fueron los siguientes: la obtención de salarios relativamente altos, un nivel elevado de sindicalización y la protección social del trabajador y su familia. Además de un mayor grado de homogeneidad de las condiciones laborales, otra característica del mundo del trabajo previo a la reestructuración capitalista neoliberal fue la posibilidad de hacer una carrera obrera dentro de la fábrica y de ir ascendiendo de categoría a medida que se adquiría experiencia laboral (Svampa, 2000).

La transición desde un modelo de desarrollo proteccionista con fuerte participación estatal hacia un modelo estructurado alrededor de las privatizaciones y la apertura de la economía que comenzó a mediados de la década de 1970 pero se consolidó en la década de 1990 impulsó un proceso de concentración y centralización de capital en el sector industrial. Varios factores contribuyeron a la reducción, de manera significativa, del empleo de la fuerza de trabajo obrera calificada. En primer lugar, la industria se volvió más intensiva en el uso de capital, y la incorporación de tecnología desplazó mano de obra hacia el sector servicios en expansión, hacia actividades tanto calificadas como no calificadas. Segundo, la apertura económica y la competencia de precios que supusieron las importaciones afectaron la continuidad de las pequeñas y medianas empresas industriales locales que habían crecido al calor de políticas proteccionistas. Tercero, la privatización de las empresas de servicios públicos y de las industrias básicas de hierro y acero, petróleo y petroquímicos, así como la reorganización de los procesos de trabajo, tuvieron como consecuencia directa la reducción del empleo en estos sectores (Sautu, 1997).

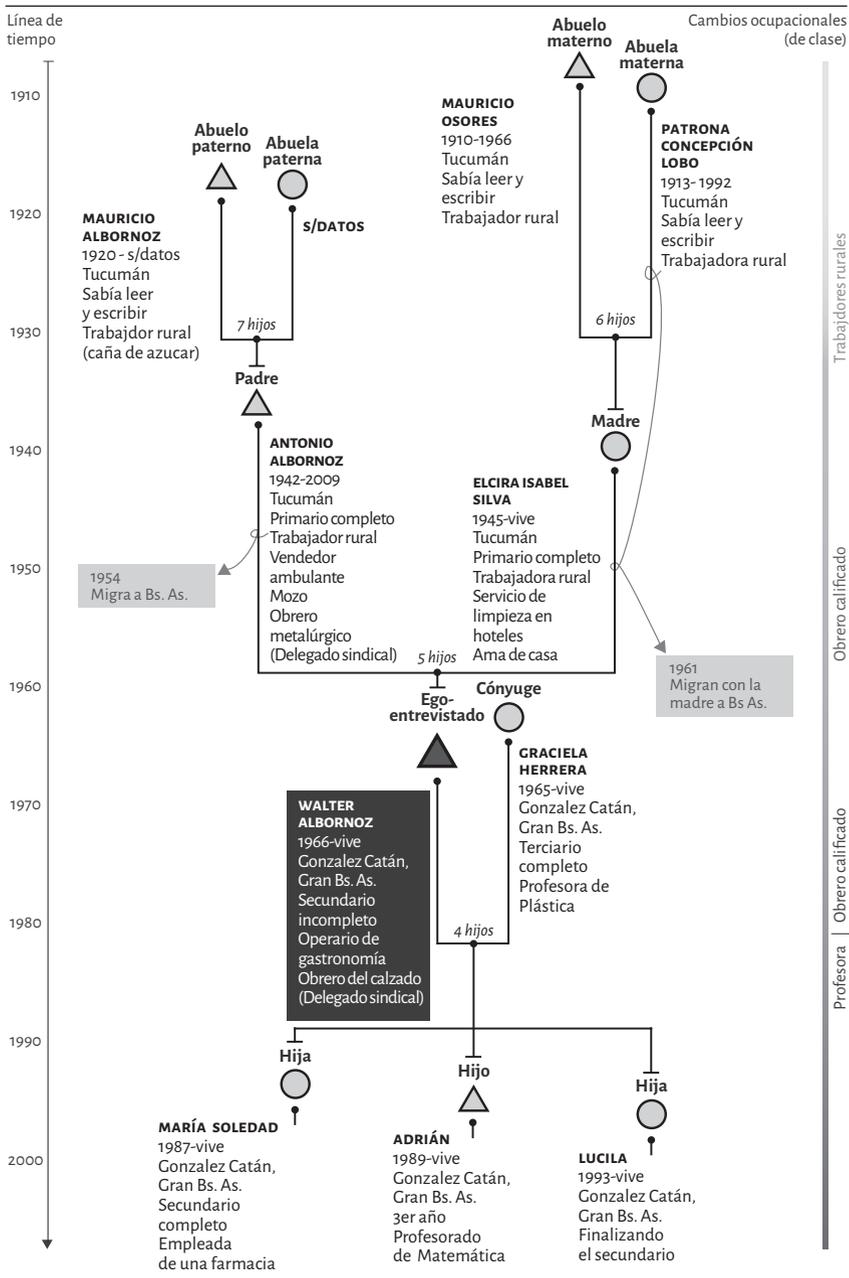
El escenario de desindustrialización y de desocupación de la mano de obra obrera calificada alcanzó los mayores niveles durante la crisis de 1998-2002. Luego de la crisis, el Estado introdujo cambios en el modelo de desarrollo económico-social a través de una reorientación hacia políticas de protección del mercado interno, industrialización por sustitución de importaciones y redistribución del ingreso. Paralelamente, por medio del sostenimiento de un tipo de cambio alto, se impulsó la expansión de las ramas de actividad del sector productivo (la construcción, la industria manufacturera, el agro) así como de los servicios básicos y de logística asociados. Este conjunto de políticas generaron un crecimiento económico vertiginoso a tasas muy elevadas en el período 2003-2010 (alrededor del 9% anual), que impactaron sobre el mercado de trabajo y contribuyeron a la reversión de parte de las tendencias socio-ocupacionales precedentes. Entre las consecuencias de este cambio del

papel del Estado en la orientación de la actividad económica se destacan un proceso de “relaborización” y, en el marco de dicho proceso, el crecimiento del trabajo asalariado registrado en la seguridad social. En este contexto, el empleo asalariado fabril de tipo calificado y formal está volviendo a expandirse, y ello contribuye a la recomposición de la clase obrera industrial como el núcleo dinámico de las clases populares (Palomino y Pastrana, 2013), y a la apertura de canales de acceso a mejores condiciones de vida dentro de la clase trabajadora (Palomino y Dalle, 2012; Dalle, 2012).

BREVE PRESENTACIÓN DE LOS CASOS

Walter tiene 44 años. Es obrero del calzado y delegado sindical en una fábrica de Pompeya. Su origen familiar es criollo. Sus padres nacieron en Tucumán y de chicos trabajaron en la cosecha de la caña de azúcar con los abuelos (Árbol genealógico 9). Su padre, Antonio Albornoz, migró a Buenos Aires cuando tenía 12 años. Su trayectoria ocupacional intrageneracional implicó un ascenso desde ocupaciones no calificadas hacia ocupaciones calificadas: primero trabajó en la calle vendiendo ballenitas y lustrando zapatos, luego fue mozo y, más tarde, desde fines de la década de 1960, se desempeñó como obrero metalúrgico. Fue despedido pocos años antes de jubilarse en 1995, cuando la empresa en que trabajaba fue comprada por un grupo empresario brasilero. La familia materna de Walter migró a Buenos Aires a principios de la década de 1960. Su madre y su tía trabajaron como empleadas de servicio de limpieza en hoteles. Al llegar a Buenos Aires, sus padres vivieron en pensiones en la Capital. Cuando se casaron se fueron a vivir a Barracas. A los pocos años de nacer Walter, la familia se mudó a un barrio obrero, El Dorado, en González Catán, donde compraron un terreno y construyeron la casa.

ÁRBOL GENEALÓGICO 9. LA FAMILIA DE WALTER



FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA

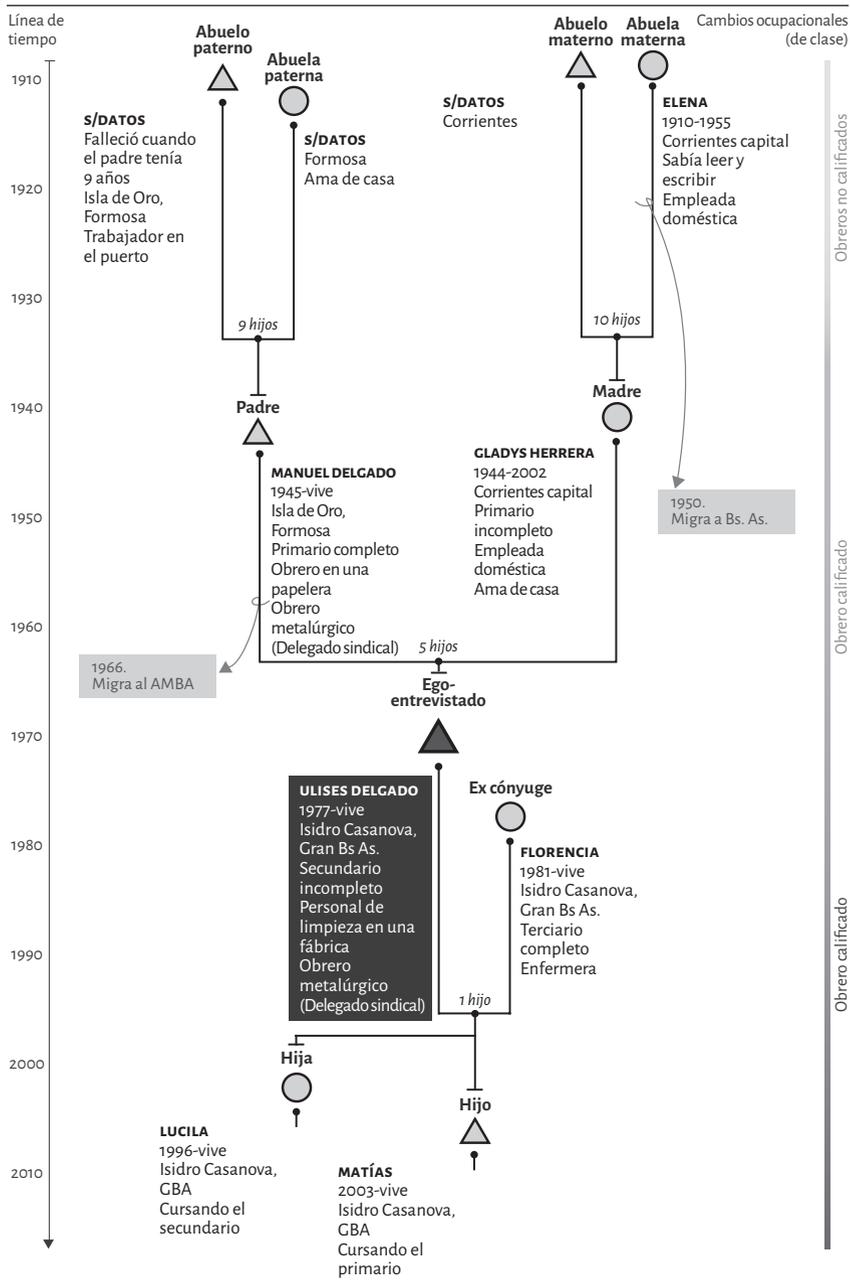
Walter nacido en 1966 se crió en una familia de clase popular que “tenía un buen pasar. Nunca tuvimos grandes cosas pero tampoco grandes necesidades”. Antes de terminar la secundaria, Walter se fue de su casa porque se peleaba mucho con su padre. Primero empezó a trabajar como operario en gastronomía, pero al poco tiempo formó una familia y el sueldo no le alcanzaba para vivir. Entonces Walter dejó ese trabajo y entró a trabajar como operario en una fábrica de calzado donde hizo carrera. En la actualidad es oficial especializado y delegado sindical. Este ejemplo representa el caso de una familia de clase trabajadora con una posición económica consolidada.

Ulises tiene 33 años y pertenece a una familia de origen criollo, migrante del noreste argentino (Árbol genealógico 10). Su padre, Manuel Delgado, nació en la Isla de Oro, Formosa, en 1945, y su madre, Elcira Silva, en Corrientes capital, en 1944. Ambos se trasladaron juntos a Buenos Aires en 1966 en busca de trabajo y mejores condiciones de vida. En sus lugares de origen tuvieron que salir a trabajar de muy jóvenes:

Mi papá a los 9 años ya empieza a trabajar, en una isla que se llamaba Isla de Oro, trabajaba en el puerto. Y mi mamá trabajaba en casas de familia. [...] Ninguno tuvo la posibilidad de estudiar, digamos, no terminaron el primario, lo terminaron de grandes, cuando vinieron para acá, para Buenos Aires (Ulises).

La trayectoria ocupacional del padre de Ulises en Buenos Aires siguió un camino ascendente: primero trabajó como peón de carga en un corralón, luego como operario calificado en una papelera y más tarde ingresó a una empresa metalúrgica. Su madre trabajó como empleada doméstica e hizo cursos de peluquería y de corte y confección, pero nunca desarrolló esos oficios. Sobre la base del trabajo de ambos pudieron acceder a la compra de un terreno en San Pedro, un barrio obrero de Isidro Casanova, y de a poco fueron construyendo su casa. La pareja tuvo cuatro hijos varones, de los cuales Ulises (nacido en 1977) fue el tercero. A pesar del trabajo estable del padre, la familia nunca alcanzó una posición económica consolidada. Más bien, en palabras de Ulises, vivían “con lo justo”. En la actualidad, mientras el padre de Ulises recorre sus últimos días en la fábrica pues pronto se concretará su jubilación, el entrevistado sigue las huellas que deja su padre. Ambos comparten un oficio, un mismo lugar de trabajo, la militancia sindical y un sentimiento: “ser metalúrgico”.

ÁRBOL GENEALÓGICO 10. LA FAMILIA DE ULISES



FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA

Estas familias siguieron el recorrido típico descripto con mayor profundidad en la sección anterior: la migración desde el ámbito rural hacia el urbano, el ingreso por la parte más baja de la estructura social a través de la inserción en ocupaciones manuales no calificadas, la movilidad hacia ocupaciones calificadas en la industria y la autoconstrucción de la casa en un terreno adquirido a precios accesibles en barrios populares del conurbano bonaerense. No obstante, una de las diferencias sustantivas entre estas familias y las anteriores es que la generación de los entrevistados se inserta en ocupaciones obreras fabriles y desarrolla una militancia sindical. A continuación se busca indagar los impactos que las transformaciones en el mundo del trabajo fabril tuvieron en estas trayectorias de clase. Si bien por una cuestión de espacio se presentan las trayectorias familiares de clase de Ulises y Walter, en el análisis se utilizan también los testimonios de otros entrevistados, como una voz colectiva que contribuye al análisis de experiencias y condicionamientos comunes de clase.

**SIGUIENDO LAS HUELLAS DEL PADRE:
EL INGRESO EN LA FÁBRICA Y LA MILITANCIA SINDICAL**

En los relatos de los entrevistados se identifica cierta nostalgia en relación con la época en que sus padres trabajaron y militaron en la fábrica (1960-1990). A través de su figura evocan un modelo de trabajador que articula tres dimensiones: la cultura del trabajo, el orgullo sindical y la identificación política peronista (Svampa, 2000). Si bien sus padres no vivieron el primer gobierno de Perón, igualmente se identificaron con el peronismo por los derechos sociales, las mejoras económicas y la dignidad que alcanzaron en esa época los trabajadores fabriles. Pertenecen a una generación posterior que aprendió en la fábrica que el peronismo era su marca de clase, y que la acción sindical era el modo de defender sus conquistas y acceder a mejoras concretas. Los padres de los entrevistados fueron militantes sindicales durante la época de la persecución política de los obreros de base en la dictadura, en la etapa de recomposición y ofensiva sindical que tuvo lugar en el gobierno de Alfonsín, y en el período de negociación y derrota que transcurrió durante el menemismo. Sus hijos se socializaron en el modelo identitario que reúne el trabajo fabril-orgullo sindical-militancia peronista, y siguieron su camino: primero vivieron una época de desindustrialización y descolectivización en que las viejas prácticas dejaron de tener los mismos efectos, y luego experimentaron el comienzo de un proceso de recomposición colectiva del que son actualmente protagonistas.

Ulises, como muchos chicos de origen de clase popular, soñaba con ser jugador de fútbol y “salvar” económicamente a su familia. Entró en las divisiones inferiores del club Vélez Sarsfield pero, a pesar de su gran habilidad y dedicación, no

pudo llegar a ser profesional. Dejó la secundaria en primer año porque quería “jugar al fútbol”, y a los 16 años entró a trabajar en una zapatería, como peón en el taller de reparaciones. Cuando tenía 18 años, su pareja, que tenía 15 años, quedó embarazada, y él tuvo que salir a buscar un trabajo que le reportara más ingresos. Fue entonces cuando “se cortó la carrera de futbolista”. Después de una breve experiencia como repositor en el supermercado Walmart, en 1997 su padre lo hizo ingresar en la fábrica donde él trabajaba:

ULISES: Y bueno, busqué laburo porque ya mi viejo no me podía bancar y viste cómo es... Nació Lucía [su primera hija] y tuve que salir a trabajar. Primero entro a trabajar ahí en Walmart, estuve 6 meses nada más, hacía reposición pero después me echaron. A todo esto, mi viejo me lleva a trabajar a la fábrica donde trabajaba, en San Justo, también estaba mi hermano ahí. En ese momento él se postula como delegado, fue uno de los primeros delegados de ahí de esa empresa, y yo entré en el '97 en esa fábrica, es una empresa metalúrgica que es donde estoy actualmente.

ENTREVISTADOR: ¿En qué ocupación entrás a la fábrica?

ULISES: Entro de limpieza, yo no, yo no terminé el secundario, por el hecho de entrenar en Vélez, y eso, la excusa mía era que no quería estudiar, quería jugar al fútbol, entonces le decía a mi viejo que no pude terminar el secundario, hice un año y después no lo hice y bueno, cuando mi viejo me llevó a laburar, entré de limpieza.

A pesar de que su padre era delegado sindical, Ulises entró en la fábrica en la ocupación más baja y en condiciones precarias: sin cobertura social ni aportes jubilatorios. Asimismo, Ulises sentía que, como su padre era delegado, los patrones lo presionaban y le mandaban más:

Como mi viejo era delegado se la agarraron conmigo, me mandaban a limpiar los baños, no me daban horas extras, todo para ver si mi viejo saltaba. Estuve dos años laburando en negro, laburando seis horas nomás, y yo me la banqué, me la banqué porque me gustaba y yo quería aprender el oficio ¿viste? Y me quedaba cómodo, estaba a 15 minutos, y bueno, de alguna manera, qué sé yo... no teníamos paritarias, nada, pero bueno, hasta que después del 2000 me ponen en blanco. A todo esto yo en las asambleas por ahí metía algún bocadito, ¿viste? En las reuniones teníamos problemas de pago, yo metía algún bocadito porque por ahí opinaba (Ulises).

A pesar de la presión de los patrones, Ulises “no se quedaba callado”. De su padre no solo heredó una ocupación obrera, sino también la vocación de ser delegado sindical. Según su testimonio, lo sedujo el peronismo:

A mí me sale, digamos, la herencia de ser delegado, las ganas de ser delegado, la vocación de ser delegado un poco por mi viejo, de ellos dos, porque ellos me contaban que la época del peronismo fue muy importante para los trabajadores, y si bien mi viejo no

militaba, pero... pero respondía, digamos, tenía una cierta simpatía a lo que era peronismo (Ulises).

Además, desde que era chico Ulises mostraba dotes de dirección y organización. Cuando tenía quince años dirigió un equipo de fútbol en el club barrial, en que jugaba en una categoría mayor. El equipo se armó para competir en los torneos “Evita” que organiza el gobierno de la provincia de Buenos Aires. Sus padres estaban en la comisión directiva del club. Así, todos los miembros de la familia compartían la actividad en el club los fines de semana.

Yo también te quiero contar que a mí siempre me gustó el tema de organizar, ¿viste? Yo con 16 años ya dirigía un equipo de fútbol de pibitos, ¿viste? Salimos campeones, todo, en cancha de once. Teníamos un club de barrio, de por acá, primero nos enganchamos en los torneos “Evita”, después en una liga que se llamaba Liga de Laferrere. Había como 20 equipos. Entonces estaba metido en la comisión mi papá y mi mamá, entonces yo dirigía una categoría, que era categoría 81, unos cuatro años más chica que yo. Yo los entrenaba una o dos veces por semana. Mi papá cuando jugábamos nos llevaba sándwiches y alfajores como en el barrio, nos manejábamos así (Ulises).

En el año 2000, cuando la empresa le ofreció un contrato de trabajo, se postuló como delegado sindical y reemplazó a su padre, que dejó la militancia en la fábrica debido a que su mujer, la madre de Ulises, sufría diabetes y comenzó a tener problemas crónicos de salud. El año en que Ulises fue elegido delegado, la fábrica ya estaba mal económicamente: “el empresario no le pagaba a los proveedores y había empezado con las convocatorias”.

Había muchas cosas que no me gustaban, ya había empezado a ver muchas injusticias hasta que me ponen en blanco. Cuando me ponen en blanco apenas aparecieron las elecciones me postulé y bueno, gané la elección y ahí empecé a tratar de cambiar las cosas. Fue difícil, fue difícil porque la gente estaba muy dividida (Ulises).

Es importante tener en cuenta que el ingreso de Ulises en la fábrica y la militancia sindical se produjo en un contexto de retraimiento político de la clase trabajadora.

En el caso de Walter también se observa un inicio temprano de la trayectoria laboral, antes de finalizar la escuela secundaria. Su ingreso en el mundo del trabajo se dio mediante el desarrollo de ocupaciones manuales en pequeños talleres. Para esa época su madre había dejado de trabajar y él tenía que aportar ingresos al hogar. Su intención era aprender un oficio para poder independizarse. Siguiendo a Bourdieu (2006), esta voluntad de los hijos de obreros de aprender lo que les va a resultar útil da sentido a su instinto de clase.

Walter: Yo empecé a trabajar en un taller mecánico, en una tornería, en el '82 más o menos, a los 16 años. Entré a un taller mecánico, yo estaba en la secundaria estudiando electromecánica, un taller de González Catán, era un taller no muy grande y habré trabajado 2 meses.

ENTREVISTADOR: ¿Cómo entraste? ¿Conocías el dueño?

WALTER: No, en realidad fui a decirle que yo quería trabajar y quería aprender, y me terminé yendo porque no aprendía nada, lo que hacía era cebar mate, barrer el taller y limpiar algunas piezas. Yo iba todos los días, los sábados, los domingos y bueno, después me fui.

ENTREVISTADOR: ¿Y después a dónde fuiste a trabajar?

WALTER: A los 16 entre a una tornería en la estación Buenos Aires, estuve 2 o 3 meses. Tuve problemas, primero porque era menor y por el horario, porque como yo iba a un colegio industrial tenía doble turno, entonces trabajaba 4 horas, de 7 a 11 de la noche. En la tornería era de hacer algunos ajustes de algunos ejes, me daban una barra metálica que le pasaba la primera mano del torno y cortaba a 2 centímetros, y después lo agarraban los torneros y hacían el trabajo ellos. Yo hacía el primer corte y el último ajuste, y ahí trabajé unos 2 o 3 meses. Me terminé yendo porque era menor y el empleador con justa razón no podía tenerme trabajando y menos de noche, pero fue una buena experiencia, y después empecé en gastronomía, mientras seguía yendo al secundario. Yo lo que ganaba le daba la mitad a mi mamá, y la otra mitad viajaba, iba a la escuela, me compraba las fotocopias, les compraba zapatillas a mis hermanos, y entonces, algún recital, ya no dependía de mi papá.

Luego de esas experiencias tempranas, Walter se desempeñó unos años como trabajador manual en gastronomía, en la cocina de una empresa de comidas rápidas (Pumper Nic), pero cuando se fue de su casa y formó una pareja necesitó tener un ingreso más alto: “Lo que ganaba en Pumper Nic me alcanzaba apenas para comer y pagar el alquiler”. Un lunes 30 de abril de 1987, bien temprano por la mañana, Walter se presentó en una fábrica de producción de calzado de Pompeya. Había visto en el diario un aviso que decía que se buscaban operarios. La anécdota es que empezó a trabajar un 1 de mayo, el Día del Trabajador:

El dueño ni me miraba, él estaba sentado así y escribía, y me dice: “¿puede venir mañana?”, pero ni me miraba. Yo estaba con una vena... y le digo: “¿cómo señor? Mañana es 1 de mayo, el Día del Trabajador”. Y sin mirarme me vuelve a decir: “¿puede venir mañana?”. Y yo: “sí, sí, señor, cómo no voy a venir si estoy buscando trabajo”. Así que empecé a trabajar el 1 de mayo (Walter).

Tanto en los testimonios de Ulises como en los de Walter se destacan dos hechos centrales que diferencian a los trabajadores asalariados de los cuentapropistas de clase popular: la relación salarial implica, por un lado, explotación, y por lo tanto supone una interdependencia antagónica de intereses materiales entre los patrones y los obreros; por el otro, conlleva la vivencia cotidiana de los obreros de estar dominados y controlados en el proceso de

trabajo (Wright, 1995b). En ambas trayectorias es posible observar que el inicio de la militancia sindical está relacionado con experiencias de abuso de poder de los patrones y con injusticias que los trabajadores percibían en la relación laboral. En el caso de Walter, él no creía que iba a ser delegado en la fábrica porque cuando era adolescente se peleaba con su padre debido a que, por su militancia, no le dedicaba tiempo a la familia. Sin embargo, en sus palabras, “acá estamos”.

Mirá cómo se va dando la vida. Uno cuando entra a un trabajo va a laburar a veces donde puede y no donde quiere, y el patrón te mete la mano en los bolsillos y uno se para de manos, y te empezás a interiorizar y conocer tus derechos. Empezás defendiendo tu plata, vas conociendo tus derechos. Todos los que somos delegados o los que fuimos delegados, vos empezás defendiendo tu plata, “esto es mío, vos me tenés que pagar esto”, y entonces tus compañeros te ven que vos sos el que va a hablar con el patrón, el que habla con el gerente, con el encargado, el que habla en alguna reunión. Empezás defendiendo la tuya y terminás defendiendo la de todos (Walter).

Yo le criticaba mucho esto a mi viejo, y uno con la necesidad de laburo te vas dando cuenta de las cosas del laburo y terminás igual, cosas de la vida. Uno se va dando cuenta de estas cosas, por diferentes motivos, por la necesidad de trabajo, por la necesidad de dinero, porque tenés una familia, que no pudiste completar los estudios... Bueno por diferentes motivos, bueno, son cosas que te van llevando, por ahí no fue una meta que vos te proponés (Walter).

En el testimonio de Walter se observa que, sin proyectarlo, siguió las huellas de su padre: entró a trabajar en una fábrica y se inició en la militancia sindical, prolongando así la trayectoria familiar de clase: “Somos trabajadores de fábrica nosotros”.

MARCAS DE ÉPOCA EN LAS EXPERIENCIAS DE CLASE

“Amarrándonos para no caernos”

Ulises pertenece a una generación cuya entrada en el mundo del trabajo se dio a fines de la década de 1990, en un contexto de alta desocupación, expansión de la precariedad laboral y caída del salario real de la clase obrera. Su testimonio deja ver las marcas del impacto que tuvieron las políticas de reestructuración capitalista neoliberal sobre la clase obrera:

Mi primer trabajo fue en una zapatería, en un taller, hacía reparado, y trabajé de los 16 hasta los 18, casi 2 años estuve ahí... Hacía reparado. Iba a la mañana, salía de ahí y me iba a entrenar, me iba al club, me tomaba el colectivo. A veces me acuerdo que como no

tenía plata para el colectivo me ponía el guardapolvo blanco y me iba, siempre sacaba el escolar para ir hasta Liniers, me hacía el escolar. Y aparte, como no tenía qué comer a veces en casa... Porque en ese momento trabajaba mi papá solamente en casa y a veces no alcanzaba. Fue en la época del '90, donde fue terrible, ¿no? Más allá de que estábamos en democracia, el tema de la desocupación, el tema de no haber paritarias, ¿no? El tema del laburo, de la presión de los empresarios contra los trabajadores... Los jóvenes de esa época la pasamos bastante mal. Yo cuando entré a trabajar estaba en negro (Ulises).

Una de las características distintivas de estas trayectorias familiares de clase es que están marcadas por el deterioro de las condiciones de vida generales de un sector de la clase trabajadora que fue desplazado del sector formal y dinámico de la economía. Si el legado de la primera etapa peronista fue el logro de una amplia cobertura del mercado de trabajo formal, caracterizada por garantías al empleo y seguridad social, durante la reestructuración capitalista neoliberal de los años noventa el trabajo formal se contrajo abruptamente, y casi la mitad de la fuerza de trabajo quedó en condiciones de precariedad laboral e inestabilidad, sin cobertura social (Beccaria, 2002; Torre, 2010). La trayectoria familiar de clase de Ulises, como la de muchas familias de la clase trabajadora en la Argentina, está atravesada por una experiencia de desclasamiento colectivo. Para algunas familias, la pérdida del trabajo implicó una caída en la marginalidad. En el caso de la familia de Ulises, como de muchas otras, su padre perdió la estabilidad laboral. Más allá de las situaciones particulares acontecidas en esta época, el trabajo asalariado fabril dejó de ser un mecanismo de ascenso social frecuente, esto es, un medio a través del cual se podía establecer una base económica, acceder a cierto bienestar social y proyectar un futuro mejor para las generaciones más jóvenes de la familia:

Nosotros no tuvimos como nuestros viejos de tener un laburo y decir, vos con un laburo por ahí sí podías bancar de proyectar tu casa y tu familia, de poder hacer algo... Y en ese momento nosotros, los que empezamos a laburar en los '90, como que desertamos laboralmente y es complicado (Ulises).

En los testimonios biográficos analizados, al hacerse referencia a la década de 1990, se identifica una sensación de incertidumbre que se expresa no solo en el miedo a la pérdida del trabajo y de los derechos sociales conseguidos antaño, sino también en las heridas abiertas en cuanto al orgullo y la dignidad de ser obreros.

Todos sabemos que hubo una época mala en la que estábamos todos amarrándonos... Vi mucha gente llorar por perder el laburo (Miguel, obrero metalúrgico, delegado).

Como te decía, vine en el '87 de la provincia de Chaco. Cuando recién llegué trabajé unos 45 días como ayudante de albañil, ahí en... Yo vivo en Laferrere y ahí trabajé con alba-

ñil, de ayudante, hasta que, bueno, me salió un laburo en una fábrica metalúrgica, en esa fábrica trabajaba un tío mío. Entré en 1987 y en 1993 me echaron de esa fábrica, me quedé de 25 a 30 días sin trabajo y me empecé a desesperar porque soy de esas personas que siempre trabajé toda la vida y te desesperás cuando no tenés el ingreso para la casa. Aquel que es responsable en la casa, y que no le falte qué comer a tu mujer y a tus hijos, busca la manera aunque sea de juntar, no sé, tornillos en la calle... Después trabajé en una empresa de seguridad y después cuando me quede de vuelta sin trabajo me puse a hacer rejas en casa. Vivimos muchos altibajos económicos (Hugo, obrero metalúrgico-oficial de laminado, delegado).

Los relatos reflejan experiencias de inestabilidad laboral y vulnerabilidad económica que impactan en la definición del horizonte de expectativas. La imposibilidad de hacer una carrera en la fábrica conlleva, en el plano subjetivo, el declive del proyecto de lograr mejoras paulatinas. La falta de trabajo y el trabajo precario o inestable cortan las posibilidades de acumulación y cambian el horizonte de prioridades, que se orientan a resolver las carencias materiales. “La lógica de la subsistencia lleva tarde o temprano a la inmovilidad, dada la atención que merecen las urgencias, que siempre restan tiempo para prever y proyectar” (Margulis, Urresti y Lewin, 2007).

Por otra parte, el declive del mundo obrero estable y organizado implicó un aumento de la sujeción y las ataduras de las clases populares. En los testimonios de los entrevistados es posible identificar que la individualización de la relación salarial que prevaleció en la década de 1990 se tradujo en la práctica en condiciones desfavorables de negociación con los patrones en la fábrica:

Lo que pasa es que había mucha plata en negro, había plata, digamos, adicionales, y terminabas negociando con el patrón, ¿viste? Porque la situación te llevaba a que no había paritarias y el convenio estaba estancado y entonces el patrón te ofrecía plata por arriba del convenio pero te la daba en negro, digamos, la gente decía bueno, antes de perderlo lo agarrabas pero te condicionaba en un montón de cosas, ¿viste? La gente lo aceptó, ¿viste? Esto fue antes de que yo fuese delegado (Ulises).

El régimen de precarización laboral en la Argentina comenzó a desarrollarse con la dictadura militar a través de medidas como la desregulación parcial del mercado de trabajo, la suspensión de las negociaciones colectivas, la intervención de los sindicatos, y la persecución y el asesinato de los dirigentes y delegados sindicales de base. No obstante, las reformas más profundas tendientes a la flexibilización laboral se dieron en el marco del Plan de Convertibilidad, en la década de 1990. Entre las principales medidas se destacaron: el ajuste de los incrementos salariales a la productividad de las empresas, la privatización del sistema de jubilaciones y pensiones, el congelamiento del salario mínimo, el estímulo de la descentralización de las negociaciones co-

lectivas (por empresa), la reducción de las indemnizaciones y el aumento del período de prueba de los trabajadores, entre otras. Este conjunto de medidas, sumado al disciplinamiento ejercido por los altos niveles de desempleo durante toda la década y la expansión del empleo asalariado precario, dificultó el desarrollo de las negociaciones colectivas entre los propietarios del capital y los trabajadores. La individualización de la relación salarial, en la medida en que disminuía el margen de los trabajadores para actuar sobre sus condiciones materiales, permitía a los empresarios reducir los costos laborales (Palomino, 2010).

En contraposición, el esquema de la convertibilidad permitió el control de la inflación, lo que significó un aumento relativo de salarios para diversos estratos de la clase trabajadora, sobre todo para el núcleo de los obreros asalariados formales. Durante los primeros años de esta etapa de estabilidad económica, algunas familias de clase trabajadora pudieron acceder al crédito y aumentar sus niveles de consumo, lo que les permitió equipar sus hogares con electrodomésticos, hacer obras de ampliación en la vivienda y cambiar sus materiales, y aumentar sus actividades de esparcimiento. El relato de Walter representa de manera típica la situación económica y social de los obreros asalariados que durante la etapa de la convertibilidad conservaron un trabajo formal y estable de tipo calificado:

ENTREVISTADOR: Y desde que estás en la fábrica, ¿cuál fue el momento histórico en el que estuviste mejor?

WALTER: Y es bastante relativo, yo no soy menemista, no lo voté gracias a Dios, pero habría que reconocerle algunas cosas. El tema [es que] veníamos de la hiperinflación donde te aumentaban los precios de la mañana a la tarde, yo lo tengo muy presente porque mis chicos eran muy chiquitos y el tema de los pañales y el yogurt, a la mañana vos pagabas una cosa y a la tarde pagabas otra, entonces con todas esas cosas.

El tema de los '90 yo creo que los que estábamos laburando en la fábrica, uno empezó a ver algunos cambios estructurales interesantes... En ese momento, la clase trabajadora empezó a tener acceso a los créditos, yo a partir de ahí me empecé a hacer el departamentito en la casa de mi suegra, me pude comprar un televisor, la heladera, la cocina, todo. Cuando me había ido a vivir con mi señora mi mamá me da la heladera que era de mi abuela, me daban una heladera y una cocina que tenía más de 40 años o 50 años esa cocina... Y no solamente yo, sino todos los muchachos de la fábrica, la movilidad ¿no? Empezar a construir tu vivienda, si tenías el techo de chapa la podías hacer de material, tenías la plata para hacerla de material, yo tengo unos compañeros que se pudieron comprar el o km.

Si en un principio esta etapa de estabilidad económica y dólar barato implicó una mejora significativa de las condiciones materiales de un sector importante de la clase trabajadora, paulatinamente la pérdida del trabajo y la

precarización laboral fueron alcanzando a un espectro más amplio de los trabajadores. Por su parte, con el correr de la década el salario real fue cayendo, a medida que la inflación iba encareciendo el costo de vida. Los salarios no aumentaban, en parte porque los sindicatos cedieron el poder de negociación de los salarios y las condiciones de trabajo. En suma, más allá de lo que ocurrió con algunos miembros de sus fracciones privilegiadas, la clase trabajadora en su conjunto experimentó un proceso de retraimiento político.

Aumentarte de esa manera el poder adquisitivo a vos no te dejaba ver más allá por desconocimiento o porque no tenía la capacitación yo, porque no tenía la capacitación. Ahora, gente que estaba en otros estamentos, o gente que estaba en condiciones de darse cuenta, yo te digo la dirigencia política sobre todo, o la dirigencia gremial, no es casualidad que en los '90 hayan hecho pelota todos los gremios, los gremios en los '90 casi desaparecieron, de hecho no hubo paritarias durante 10 años (Walter).

Los relatos biográficos de los entrevistados señalan que la crisis de 1998-2002 impactó de manera significativa en las fábricas en que trabajaban. Durante esos años, gran parte de las medianas y pequeñas empresas que habían sobrevivido al proceso de concentración y centralización de capital entraron en crisis y tuvieron que cerrar. En el caso de la fábrica en que trabajaba Ulises, el patrón se fue y los obreros tomaron la planta durante unas semanas:

A nosotros nos agarra la crisis en el 2001. Nosotros cerramos la fábrica, primero en el 2000, en julio, ya viene el patrón y nos dice: "Muchachos, hay que dejar el 20% del sueldo de acá a un año y después cuando llega el año se los devuelvo, porque si no, no vamos a poder seguir trabajando". Cuando llega el año que se cumple le empezamos a pedir la plata, "Que no, no, no se va a poder, no se va a poder", hasta que al tipo el 3 de septiembre, el tipo manda la renuncia. El patrón renunció al directorio, renuncia, ¿viste? Y entonces viene uno que era el socio, que ni lo conocíamos, y dice: "El patrón [...] renuncia a la empresa. Así que –nosotros hacíamos transformadores de alta tensión– ahí tienen un camión con transformadores, véndanlos, repártanse la plata, formen una cooperativa, no sé, pero no viene más". "¿Cómo no viene más?", decíamos nosotros. Dejó la fábrica abandonada y nosotros nos quedamos ahí, tomamos la fábrica, nos quedamos ahí casi dos semanas, le notificamos al gremio, que nos llevó mercadería. A todo esto yo estaba con un delegado, el delegado que estaba conmigo renunció, se fue, él me dijo: "Che, mirá, acá a la vuelta están tomando una fábrica de gaseosas, vamos. Yo ya fui a hablar, tengo a mi hermano que está ahí, dale, vamos". "No, yo no voy a abandonar el barco ahora, ¡me quedo acá!". Y yo me quedé solo, me quedé solo al frente de todo, la verdad mal, porque tenía esa presión y tenía la presión de mi vieja que se estaba yendo, que estaba mal, estaba mal, que le cortaron el dedo, llegar a casa y eran todas pálidas, ¿viste? Dos semanas estuvimos así... Y el patrón vuelve, vuelve y terminamos arreglando, lo que pasa es que éramos 100 y se tenían que ir 20 (Ulises).

En el marco de la vulneración de las relaciones salariales que supusieron la reestructuración capitalista neoliberal y su crisis (1998-2002), los trabajadores desarrollaron diversas estrategias, tales como la toma de fábricas y la recuperación productiva de empresas, que fueron y son vividas por los trabajadores que las protagonizaron como un medio para preservar su inserción ocupacional y defender sus condiciones de vida (Rebón, 2007). En este caso, la experiencia de la toma de la fábrica no derivó en su recuperación productiva por los trabajadores. El conflicto se resolvió a través de la expulsión de parte del personal de la planta. El patrón echó a los trabajadores más jóvenes. A pesar de ello, para Ulises la participación activa en esta experiencia de lucha colectiva significó una recuperación de la dignidad y de la capacidad de resistencia porque lograron salvar la fuente de trabajo de la mayoría de los trabajadores. Durante el año 2002, Ulises relata que, en plena crisis, “aguatamos, estuvimos casi todo el año suspendidos, laborábamos 15 días sí, 15 días no, nos pagaban con vales...y a partir de 2003 y 2004 empezó a mejorar”.

La participación activa en conflictos laborales constituye una marca biográfica para la construcción de una identidad de clase oposicional (Elbert, 2007 y 2009), y, en el caso de Ulises, supuso el aprendizaje de que la movilización colectiva constituye el medio más efectivo para alcanzar mejoras materiales concretas para los trabajadores.

Para Walter, “1999, 2000 y 2001 fue una época de crisis profunda, de degradación de todo el movimiento sindical, del salario, del poder adquisitivo... Fue una época de depresión económica profunda”. En mayo de 1999, el patrón echó a 40 trabajadores argumentando que había bajado el trabajo. Luego, en septiembre de ese año, los obreros tomaron la fábrica por la falta de pago del salario durante tres quincenas, y a raíz de ese conflicto el patrón echó a 60 trabajadores más: “quedamos 20 empleados”. Durante la etapa de crisis, Walter cobraba irregularmente y los patrones establecían la rotación del personal de planta por la disminución del nivel de trabajo:

Cuando se arma todo este conflicto yo empiezo hacer otra actividad, me empiezo a dedicar a la electricidad, me iba a la obra cuando estaba suspendido, de una semana me iba todos los días a la obra con los cables y qué sé yo, me dedicaba a esto, ¿no? Porque quería trabajar y el tema de la fábrica a mí me servía por tener el tema de la relación de dependencia por la obra social de los chicos, que mis chicos en ese momento eran chicos (Walter).

En esas circunstancias, Walter empezó a trabajar como electricista por cuenta propia para complementar sus ingresos. Sin embargo, mantuvo el trabajo asalariado formal porque le brindaba cobertura social para el grupo familiar.

“Mejoras”

En los relatos biográficos de los obreros entrevistados se advierten cambios expresados como “mejoras” en su situación laboral personal durante el período que se inició en 2003 y se extiende hasta el presente, ligadas a avances colectivos de la clase social de la que forman parte. Quizás las dos experiencias que marcan más el contraste con la década de 1990 son la “relaborización” que se advierte en el incremento del número de trabajadores en las fábricas, y la “recolectivización” que se refleja en el fortalecimiento de los sindicatos, en lo que refiere tanto a su densidad como a su capacidad para negociar los salarios. Estas problemáticas difieren de aquellas relacionadas con el crecimiento de la marginalidad, la exclusión y la informalidad, experimentadas durante la década de 1990 (Palomino, 2010).

En los relatos de los entrevistados se transmite la sensación de que se vive otro clima social y político en la clase trabajadora, en particular en el caso de los trabajadores que se insertan en el sector formal y desarrollan ocupaciones calificadas. Esta visión surge de la recuperación y la estabilidad de la fuente de trabajo, y de mejoras en los salarios gracias a la mediación sindical. En este sentido, destacan la recuperación de las paritarias como un medio que tienen los trabajadores para actualizar los salarios e ir consiguiendo “mejoras”.

ENTREVISTADOR: Comparando tu ocupación actual con la de tu papá cuando vos tenías 14, 15 años, ¿en dónde creés que hay mejores condiciones de trabajo, las actuales o tu viejo cuando vos tenías 14, 15 años?

ULISES: No, yo creo que hoy. Porque en ese momento, cuando yo tenía 15 años era el año 92 y estamos hablando la época de Menem y lo que hablábamos con vos, en esa época no había paritarias y se estaba haciendo pelota la industria, todo lo importado era mejor de lo que teníamos nosotros acá y han cerrado muchas fábricas, mucha gente se quedó sin trabajo por el tema este. Hoy nosotros tenemos más posibilidades de trabajo con este gobierno que está apuntando más a la industria, nosotros lo vemos con el tema de los empresarios que le dan más créditos, bienes capitales, para que ellos puedan apostar a la producción.

ENTREVISTADOR: ¿Y a los sindicatos les dio algo?

ULISES: A nosotros, este gobierno nos dio el tema de discutir la paritaria, y a los empresarios los benefició mucho el tema de la devaluación, y a nosotros nos dio la discusión de las paritarias, eso te da la posibilidad de sentarte a negociar y mejorar los salarios.

ENTREVISTADOR: Te hago una pregunta, la gente que vos conocés o con la que te relacionás, tus amigos, la gente del barrio o tus parientes, ¿la gente que te rodea está mejor, peor o igual?

ULISES: La gente que me rodea está mejor, ha mejorado mucho, yo te puedo decir que en la fábrica del año 2003 para acá todos llegamos en bicicleta, hoy todos coches, coches o km, coches que a veces el patrón te tira, vos a veces cuando vas a negociar y el patrón te dice: “Che, pero tan mal no estamos porque mirá la playa de estacionamiento”. Claro, los pibes están mejores, están con coches, están en camioneta, se ha mejorado un montón,

mismo mis amigos de fútbol que a veces nos juntamos los fines de semana están mejor, pero a lo que uno apunta con el gobierno es regular el tema de los precios nada más, pero es parte, con el general también había inflación... Nosotros como metalúrgicos tenemos que mejorar el convenio.

Durante la etapa de expansión económica reciente, Ulises experimentó mejoras en el nivel personal y familiar, pero siente que no pudo progresar en lo que respecta a poder proyectar, en lo que se relaciona con poder comprarse una casa. La idea de progreso, que los obreros interpretan como ligada a las experiencias de clase de sus padres, remite a un avance gradual y sostenido de las condiciones materiales de existencia, a una acumulación económica y simbólica que permite una movilidad ascendente. Ulises, como la mayoría de los entrevistados, experimentó más bien pequeños avances en los últimos años:

ENTREVISTADOR: En relación con tus ingresos, ¿han mejorado a partir de 2003?

ULISES: He mejorado, pero no tuve la posibilidad de, digamos, comprarme una casa, yo siempre estuve en la casa de mis padres y hoy estoy alquilando, no daba como para poder proyectar, fui comprándome cosas de a poco... Desde que empecé a trabajar en producción en el 2004 hice mejoras, hice la pieza, puse la reja, compré cosas, lavarropas automático, secarropa, cosas que no tenía mi vieja, arreglé el techo de la casa... Sí mejoramos todos, pero no te digo que pude progresar.

Estos pequeños avances individuales y familiares no son interpretados como el resultado de esfuerzos individuales, sino que son reconocidos en los testimonios como mejoras colectivas de la clase trabajadora, reflejadas en el aumento del nivel de empleo, la posibilidad de negociar colectivamente los salarios, la posibilidad de hacer horas extra y el aumento de la capacidad de consumo en relación con el período de recesión económica (1998-2002).

Yo me acuerdo en la época del turco que teníamos 9 años, 10 años y no teníamos ni una paritaria, ¿entendés? Tiene que ver, nosotros como delegados eso hay que recalcarlo, hoy estamos mejor, el termómetro de nosotros es el colectivo lleno y las horas extras, yo te puedo asegurar que hoy los compañeros hacen horas extras y están tranquilos... Y con las paritarias estamos consiguiendo algo más (Chazarreta, obrero metalúrgico).

Los relatos de los obreros entrevistados se interpretaron a la luz de algunos cambios objetivos en las tendencias ocupacionales y en la dinámica de las relaciones laborales en el período comprendido de 2003 a 2010. En el curso de esos años creció el trabajo asalariado, aunque en el período pueden reconocerse dos etapas: la primera, comprendida de 2003 a 2004, en la que crecieron tanto el empleo registrado como el empleo no registrado, y la segunda, en que el grueso del empleo creado fue de tipo registrado (con cobertura social).

Esta evolución reciente del empleo asalariado registrado constituye un quiebre con una tendencia de más largo plazo, por lo menos dos décadas (1980-2004), caracterizada por el continuo crecimiento del empleo no registrado. Siguiendo a Palomino (2010), el crecimiento económico continuo es un factor necesario para explicar el cambio de la composición del empleo asalariado en curso, pero no es suficiente. En relación con ello es preciso tener en cuenta que durante parte de la década de 1990 el país creció económicamente y, paralelamente, aumentaron el empleo no registrado y el desempleo. El factor complementario que contribuye a la explicación del proceso de asalarización con protección social es la puesta en vigencia en 2004 de un nuevo régimen laboral, en que se articulan tres ejes: i) la recuperación del rol del Estado en el arbitraje entre actores sociales y el fortalecimiento de la inspección del trabajo; ii) la revitalización de la negociación colectiva y del salario mínimo, y iii) la reinstalación del sindicalismo activo.

La expansión del empleo registrado pone en escena, nuevamente, el mecanismo laboral que articula el salario con las instituciones laborales, entre ellas: los aportes jubilatorios, las asignaciones familiares, la protección de la salud a través de la obra social, las garantías establecidas por ley de los contratos de trabajo, y la negociación colectiva de los salarios y las condiciones de trabajo por medio de los convenios entre sindicatos y empresas o cámaras empresarias (solo una parte del empleo privado se desarrolla fuera de convenio). De esta manera, paralelamente a la expansión del trabajo asalariado formal y la reinstalación del mecanismo de integración laboral, los sindicatos crecieron en densidad y fortalecieron su capacidad de negociación de los salarios.

Durante los primeros años de salida de la crisis, el proceso de “relaborización” fue incorporando a los desocupados, pero desde 2005 en adelante el crecimiento del empleo formal reclutó trabajadores provenientes del sector informal (Palomino, 2010). En las empresas y las fábricas se advierte un reemplazo generacional de la fuerza de trabajo, a través de la entrada al mundo laboral de nuevas generaciones cuyo ingreso previo se vio postergado por la crisis de 1998-2002. En los relatos de los obreros jóvenes se observó que el acceso a un trabajo asalariado fabril constituye un canal de ascenso dentro de la clase trabajadora en la medida en que brinda mayor estabilidad de los ingresos, protección laboral y acceso a cobertura social. Por otra parte, la mediación sindical permitió obtener mejoras de los niveles de ingresos, así como acceder a condiciones de bienestar social y actividades de recreación para los trabajadores y sus familias.

En un primer momento, luego de la salida de la crisis, las empresas y las fábricas recurrieron a obreros mayores calificados desocupados porque el proceso de desindustrialización precedente (1976-2001) y el debilitamiento de los sindicatos habían producido la desocialización de al menos una generación en el trabajo fabril calificado. A partir de 2003 recobró impulso la formación

profesional en los sindicatos a través de escuelas fábricas donde se brinda capacitación en distintos oficios y se facilita el acceso a una ocupación.

ULISES: Cuando se reactiva el mercado laboral, se perdió la mano de obra calificada, en los '90 cuando Menem rompe con las industrias, que rompe con las escuelas técnicas vos te encontraste en el 2003 para acá que se reactiva que no se encontraban torneros, no se encontraban oficiales, no se encontraban soldadores...

ENTREVISTADOR: ¿Eso pasaba en la fábrica en que vos trabajabas?

ULISES: Sí, sí, sí, volvió gente grande, en muchas fábricas pasó, lo bueno es que ahora con los otros sindicatos uno tiene la formación profesional.

ENTREVISTADOR: ¿Qué es la formación profesional?

ULISES: Formación profesional implica, nosotros acá en La Matanza tenemos una escuela fábrica, la cual a partir de los 15 años te enseñan todos los oficios metal mecánicos de la fábrica, y esta escuela fábrica te capacita en electricidad, te capacita como soldador y encima cuando vos salís de ahí tenés la posibilidad de entrar en una fábrica con una recomendación.

El retorno de las negociaciones colectivas de salarios impacta sobre la distribución de ingresos mediante la disminución de la desigualdad. Esto se evidencia a través de la reducción de la brecha entre los salarios efectivamente pagados y los salarios de convenio en el período comprendido de 2004 a 2010, lo que implica un cambio de tendencia respecto de la década de 1990 en que prevalecía la individualización de la relación salarial, cuando el comportamiento de las firmas era central para determinar los salarios. Complementariamente, el aumento progresivo del salario mínimo, vital y móvil a un ritmo mayor que el correspondiente al salario promedio contribuyó mediante la elevación del piso de las escalas de convenio para que los sindicatos con menor poder relativo de negociación pudieran alinear su recuperación salarial con los sindicatos más fuertes, y de ese modo permitió atenuar la diferenciación salarial (Palomino, 2010).

Walter, por su parte, enfatiza que en el período de crecimiento económico reciente obtuvo aumentos de salario pero aún no pudo equiparar su ingreso con lo que ganaba antes de la recesión de 1998-2002.

WALTER: Yo creo que se puede hablar del 2003 en adelante de crecimiento, con el gobierno de Kirchner hay una gestión de gobierno que se empieza a actualizar y empieza a haber una mejora. Ahora el tema de la mejora, vos estabas tratando de empatar lo que habías perdido, porque en el '99, 2000 y 2001 fuimos para abajo, y si lo comparás con esa etapa sí hubo crecimiento, pero vos te tenés que comparar en dónde estabas parado... Económicamente, en el '97 o '98 ganaba plata que hoy no la ganamos en la fábrica. Lo que no había en los '90 eran las paritarias, la última vez que hubo una paritaria creo que fue en el '91 o en el '92, y ahí se cortaron.

ENTREVISTADOR: ¿Y es bueno que hayan vuelto para la clase trabajadora las paritarias?

WALTER: Sin dudas, sin dudas. No es lo mismo negociar individualmente que en forma colectiva con el gremio.

Más allá de situaciones particulares como la de Walter, que reflejan que un sector de la clase trabajadora estuvo mejor económicamente durante la década de 1990, en los últimos años, como él mismo reconoce, la clase obrera recuperó poder de negociación sobre las condiciones laborales y el salario.

Cuando tenés compañeros organizados, además puedes arreglar el convenio porque es distinta la relación de fuerza que vos tenés. Si vos vas uno contra uno, quedate tranquilo que el empleador no te da nada, el empleador solo mano a mano no te da nada, si vas con todo el grupo es diferente (Walter).

Por otro lado, los obreros entrevistados señalaron en sus testimonios que la revitalización del poder sindical en los últimos años contribuyó a conquistar recategorizaciones ocupacionales del personal de la planta. En sus trayectorias de clase, el ascenso de categorías ocupacionales implicó el pasaje de tareas no calificadas a tareas calificadas, que se tradujo en mejoras del nivel salarial y de las condiciones de trabajo. Estos ascensos de categoría ocupacional son concebidos como derechos que se “arrancan” al patrón a través de la lucha colectiva:

ENTREVISTADOR: ¿Cómo se logra una recategorización de los compañeros?

ULISES: Mirá, yo creo que individualmente no se puede conseguir nada, esto es como un equipo de fútbol. Podemos tener el mejor jugador del mundo como nos pasó en el último mundial, pero si colectivamente cada uno no cumple su rol, no podemos conseguir nada... Lo de las categorías fue así, los compañeros se fueron dando cuenta que hablando individualmente el empresario no le iba a dar pelota, le iba a mentir, lo iba a someter a qué sé yo, hoy le daba una categoría, siempre ofrecen plata ellos, nunca quieren recategorizar porque ellos nunca quieren pagar las cargas sociales, para ellos es más fácil darte en negro, porque mañana te la sacan la plata, no te quieren categorizar por el hecho de que si te la dan vos tenés un derecho adquirido. Ellos prefieren que vos le labures, entendés, y la plata en negro te pueden pagar hoy 100, 200 pesos pero es ficticio, te pueden pagar hoy el trabajo pero mañana no hay trabajo y no te lo paga. Entonces nosotros fuimos haciendo un laburito que salió de acá del sindicato, hicimos unos boletines hablando del trabajo en negro, de los problemas que podés llegar a tener teniendo plata en negro, el tema de las jubilaciones, el tema de si te accidentás, cuando das parte de enfermo.

El testimonio de Ulises recuerda que entre los obreros hay una tensión permanente entre dos vías de movilidad social (Willis, 1988; Parkin, 1984): por un lado, una vía meritocrática, la cual implica la internalización de los valores legítimos de las clases medias: el esfuerzo individual, la eficiencia y el desarro-

llo de capacidades y habilidades personales; por otro lado, la vía de la acción colectiva, que puede estar orientada a promover reformas y obtener mejoras concretas para la clase, o, en su tipo más radical, puede orientarse a subvertir los mecanismos que generan la reproducción subordinada en la estructura de clases. En el enfoque de Willis:

Para el individuo de clase obrera la movilidad en esta sociedad puede significar algo. Algunos individuos pueden hacerlo y cualquier individuo particular puede ser uno de ellos. Sin embargo para la clase y el grupo a su propio nivel, la movilidad no significa nada en absoluto. La única movilidad verdadera en este nivel sería la destrucción de la sociedad de clases (Willis, 1988: 155).

Por su parte, Parkin (1984) se centra en el análisis de mecanismos de usurpación colectivos apoyados en pautas de justicia distributiva diferentes de las sancionadas por las clases dominantes (la vía reformista).

En los testimonios de los obreros con militancia sindical aparece una concepción híbrida de las dos formas de movilidad señaladas: la meritocrática y la colectiva reformista. Por un lado, los obreros reivindican el valor del esfuerzo individual para progresar en el trabajo, pero subyace con más fuerza la idea de una movilidad colectiva, no por medio de una cultura y una lucha de tipo clasista, sino a través de la acción sindical inspirada en el compromiso de clases y orientada a la obtención de mejoras concretas para el bienestar económico y social del grupo. Esta concepción está presente en la ideología del peronismo, que es el movimiento político de mayor raigambre en la clase obrera argentina.

ENTREVISTADOR: ¿Para vos qué significa el peronismo y cómo lo relacionarías con los trabajadores y la movilidad social?

ULISES: Mirá, yo pienso que el peronismo es justicia social, cuando hablo de justicia social no es salario solamente. Es, como decía el general, que un país que tiene todo por hacerse y sea tan pobre, y justicia social es darle todo, es incluirlos a todos en el mercado laboral, darles trabajo, es la misma, digamos, posibilidades de gente de extracción más alta, de poder ir a un teatro, de poder ir a un cine, de poder ir a comer a un restaurante, de poder ir a comer a la capital. Mirá, lo que te digo, acá tenemos gente del Virrey del Pino que no conoce la capital, eso es justicia social, de preocuparnos de que esa gente pueda tener un asfalto, luz, una vivienda digna, eso es justicia social.

A través de las palabras de Ulises es posible adentrarse en la interpretación de la relación entre el peronismo, la clase trabajadora y la movilidad social colectiva. En la ideología del peronismo subyace el valor de justicia social, que reivindica las posibilidades de la clase trabajadora de acceder a un salario digno y a ciertos beneficios que gozan las clases medias en la sociedad capitalista. En términos de Rancière (1996), podría afirmarse que este ideario reclama “el

derecho de los que no son parte a ser parte”, y promueve un trastocamiento de las fronteras de clase de la estructura social tanto en el nivel macrosocial, a través del aumento del poder económico de la clase trabajadora, como en el nivel microsociales de las relaciones cotidianas en la fábrica, mediante la demanda de dignidad y respeto a los trabajadores.

Por otra parte, en las entrevistas se ha observado que el proceso de recomposición sindical atraviesa la biografía de los entrevistados y sus familias, no solo al generar un espacio de protección laboral y cobertura social, sino también al brindar la posibilidad de acceder, entre otras cosas, a lugares de esparcimiento para los hijos (cines y teatros), campings, clubes, hoteles para vacacionar y facilidades de transporte.

Ulises y su familia conocieron Mar del Plata en 2008, se alojaron en el hotel sindical Mustang, en La Perla, y pagaron los pasajes en varias cuotas. Asimismo, Ulises participa en el centro cultural del sindicato en que se dictan cursos de formación política y se proyectan películas, y esto le permite realizar actividades que no requieren poner el cuerpo (como durante la jornada de trabajo) y acceder a experiencias de interacción social que promueven la lectura. Allí conoció a su actual pareja, Erika, que trabaja en el centro cultural como diseñadora de imagen y sonido.

Durante la entrevista, Walter destacó la función social que tiene el sindicato. La semana anterior a la entrevista, el sindicato del calzado (UTICRA) había organizado una salida al Circo Servian para las familias de los afiliados.

Nosotros salimos, va, yo particularmente salí con tres micros de Merlo, él salió con tres de Morón, y otro más de Moreno, La Matanza. Después fueron otras seccionales, nosotros fuimos a la capital a las dos de la tarde, vos fijate qué padre puede llevar a sus hijos a un espectáculo como este, aparte con todo, con vianda con sándwich, para todos, la familia. ¿Qué posibilidades tiene el padre como trabajador de poder llevarlos a sus chicos a una salida como estas? Vos fijate qué función social cumple el sindicato, vos por ahí venís de estar en la fábrica y no tomás dimensión y tener la posibilidad de estas salidas... (Walter).

A través del relato de estas experiencias se busca destacar cómo los obreros entrevistados y sus familias fueron obteniendo mejoras en la clase trabajadora, muchas de ellas alcanzadas a través del sindicato. Estas experiencias de mejoras se acumulan en el acervo familiar como “conquistas” que estimulan y retroalimentan la lucha colectiva por obtener avances para la clase en su conjunto. Si bien esto no implica una movilidad ascendente en términos de un pasaje de una posición de clase a otra, forma parte de un proceso de movilidad generalizada en sentido ascensional por participación creciente en la sociedad de la clase de pertenencia (Germani, 1961). Este proceso supone la usurpación de una parte de los beneficios de las clases medias, mediante criterios de justicia distributiva que difieren de los de las clases dominantes.



A lo largo del capítulo se analizaron trayectorias familiares de reproducción en las clases populares a través de dos vías: el desarrollo de oficios por cuenta propia y el trabajo asalariado en fábricas. Para comprender los procesos de herencia en las clases populares se utilizó el concepto de vías, por la mayor rigidez que representan los recorridos, más condicionados por la clase de origen y las circunstancias económicas externas. *En las trayectorias analizadas, la vía del trabajo por cuenta propia constituyó una alternativa para amortiguar los efectos de la pérdida del trabajo asalariado durante la reestructuración regresiva del mundo del trabajo de la década de 1990. La vía del trabajo por cuenta propia, como se vio, no significó un ascenso social a la pequeña burguesía, porque los emprendimientos realizados no implicaron acumulación de capital. Más bien, su característica distintiva fue la vulnerabilidad económica, en cuanto implicó la pérdida de cobertura social y de protección laboral.* El desarrollo de oficios de manera autónoma se centró en la movilización individual de recursos y en el apoyo en las redes sociales para preservar la cadena de trabajo.

En contraste, el análisis de las trayectorias familiares con dos generaciones de obreros y militantes sindicales permitió acceder a la vía colectiva de movilidad de la clase trabajadora. En estas trayectorias también se advierten marcas o huellas del impacto de las reformas neoliberales de la década de 1990. En los relatos de los obreros, la desindustrialización y el declive del mundo obrero significaron una doble pérdida: de la estabilidad laboral y de la acción sindical como fuentes de acceso a mejores condiciones de vida. Esta vía parece estar volviendo a abrirse en los últimos años, a través del aumento del número de trabajadores en las fábricas y de la recuperación de la actividad sindical que devuelve a los obreros la confianza en su acción colectiva como medio de obtener mejoras en un contexto de expansión económica.

Antes de pasar a las conclusiones, a modo de síntesis de los capítulos VII y VIII en que se analizaron la movilidad y la herencia de clase a través de biografías familiares, se presenta a continuación el Cuadro 36, en que se resumen los principales mecanismos que intervinieron en uno y otro proceso. En las conclusiones se profundizan las reflexiones y se realiza una reflexión comparativa.

CUADRO 36
SÍNTESIS COMPARATIVA DE LAS TRAYECTORIAS FAMILIARES DE CLASE ANALIZADAS

	MECANISMOS SOCIALES QUE FAVORECIERON EL ASCENSO A LAS CLASES MEDIAS	MECANISMOS SOCIALES QUE FAVORECIERON LA REPRODUCCIÓN EN LAS CLASES POPULARES
De los abuelos a los padres	Migración al Gran Buenos Aires	Migración al Gran Buenos Aires
	Salida de una estructura social cerrada	Salida de una estructura social cerrada
	Acceso a oportunidades ocupacionales y agencia para revertir condiciones adversas	Acceso a oportunidades ocupacionales y agencia para revertir condiciones adversas
	Apertura del horizonte sociocultural	Sentimientos de frustración. Atracción por los valores y pautas de consumos del medio urbano pero amplia brecha entre las expectativas y las posibilida- des de satisfacerlas.
	Etapas de consolidación en el medio urbano	Etapas de consolidación en el medio urbano
	Apoyo en redes sociales	Apoyo en redes sociales
	Trabajo estable de los padres	Combinación de períodos con ocupa- ciones formales u ocupaciones cuenta propia de actividad continuada con períodos de inestabilidad laboral don- de predominó el empleo tipo changas
	Autoconstrucción de la vivienda	Autoconstrucción de la vivienda

En la generación de los padres	Reducción de la cantidad de hijos y formación de hogares unifamiliares	Se reduce la cantidad de hijos pero continúan viviendo en familias extensas
	Mayor distancia respecto de las redes sociales de la migración	Participación intensa en redes sociales del mismo o similar origen migratorio
	Familias que interiorizan metas de ascenso y las canalizan a través del empuje familiar y personal	Esfuerzo personal y familiar orientado a resolver necesidades básicas
	Progreso a través del trabajo duro, el ahorro y una forma de vida austera: postergación de gratificaciones	Lógicas familiares con metas a más corto plazo condicionadas por un contexto de mayor vulnerabilidad económica
	Acumulación de propiedades y otros bienes en el tiempo	Menor acumulación de bienes y mayor presencia de problemas sociales como alcoholismo y violencia familiar

Generación de los entrevistados	Motivación de los padres u otras personas significativas para el desarrollo de una carrera educativa	La escuela no es percibida en la familia de origen como un medio de ascenso social
	Internalización de los valores meritocráticos de la escuela	Abandono de la escuela a edades tempranas
	Acceso a la universidad pública	Inicio de la trayectoria ocupacional en la adolescencia en trabajos manuales
	Esfuerzo personal y tesón para terminar la carrera	Aprendizaje del oficio de la mano de los padres y otras personas significativas
	Construcción de nuevas relaciones sociales	Socialización en los ámbitos de trabajo con personas de su clase social: la fábrica, la obra, la feria del barrio
	Acceso a ocupaciones profesionales, directivas y de propiedad de capital	Participación en el sindicato y transmisión de la cultura obrera
	Cambios en el estilo de vida: nuevas salidas y ámbitos de frecuentación social	Permanencia en barrios populares del conurbano bonaerense
	Movilidad residencial a barrios de clase media del conurbano bonaerense o la capital	

FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA.